

CAPÍTULO 3

La guerra en la era de la información y los conflictos irregulares: consecuencias sobre el Control Territorial

Coronel Alessandro Visacro¹³

Aunque sea irrefutable la subordinación de la guerra a la política, en la estricta formulación de Clausewitz, limitar su entendimiento apenas a esa relación de subordinación oscurece el hecho de que antes de ser un fenómeno político, la guerra también es un fenómeno social. Esa afirmación, aparentemente trivial, nos lleva a la conclusión de que transformaciones en la conducta de la guerra son, antes de todo, correlatos de transformaciones sociales.

En el momento en que la humanidad deja la era industrial para ingresar en la era de la información, pasando por rápidas y profundas alteraciones, se debe intentar entender, de forma objetiva, cómo esos cambios afectan la naturaleza de los conflictos armados e imponen necesariamente una *redefinición* y una *ampliación* de las agendas nacionales de seguridad y defensa. Esa tal vez sea la cuestión central de los esfuerzos de especialistas que intentan delinear el ambiente estratégico futuro, dotando las instituciones militares de capacidades que les permitan, de hecho, expandir su repertorio de misiones para hacer frente a complejas y difusas amenazas.

Por lo tanto, la creencia equivocada de que adecuarse a las exigencias del siglo XXI se limita, solamente, a la adquisición de tecnología moderna, puede frustrar las expectativas de los soldados. Al contrario, es necesario “pensar” en términos de un ambiente político, económico y social significativa

¹³ Coronel del Ejército Brasileño. Actualmente comanda la sección de Planeamiento y Doctrina del Comando de Operaciones del Brasil. Fue responsable por las acciones de prevención y combate al terrorismo durante los Juegos Olímpicos, Rio 2016. Natural de Belo Horizonte (MG), fue declarado aspirante a oficial del arma de infantería el cual curso en 1991 en la Academia Militar de las Águilas Negras. Ejerció las funciones de oficial subalterno en el 29º Batallón de Infantería Blindado (Santa María - RS) y en el 26º Batallón de Infantería Paracaidista (Vila Militar - RJ). Comandó la 3ª Compañía de Fuerzas Especiales (Manaus - AM) y el 1º Batallón de Fuerzas Especiales (Goiânia - GO). Como oficial de Estado Mayor sirvió en el Comando de Operaciones Especiales del Ejército y en el 2º Batallón de Infantería de Fuerza de Paz del 17º contingente brasileño en Haití. Ha publicado diversos artículos en revistas especializadas, es autor de los libros: *Guerra Irregular - terrorismo, guerrilha e movimentos de resistência ao longo da história* (2009) y *Lawrence da Arábia* (2010), ambos publicados por la Editora Contexto.

mente más compleja. Así, como ya ocurrió en el pasado, la forma tradicional de entender y pensar al respecto de la guerra se volvió incompatible con las nuevas realidades. (Baumann, 1998)

Por otro lado, se debe tener cautela al identificar las nuevas amenazas. Muchos de los desafíos actuales poseen antecedentes remotos. Terrorismo, insurgencia y guerrilla urbana, por ejemplo, no pueden ser vistos como hechos inéditos o fenómenos recientes. De acuerdo con el historiador Robert F. Baumann,

[...] “si consideramos el mundo actual vemos que nada sucede sin precedentes. Conflictos nacionalistas, religiosos y étnicos, realmente no son fenómenos característicos del final del siglo XX. [...] Problemas inherentes a la relación entre transformaciones futuristas y conceptos doctrinarios son bastante similares actualmente con respecto de aquellos de hace un siglo atrás”. (1998, p. 16-18)

Sin embargo, nuevas ideas se chocan con dogmas profundamente arraigados en la ortodoxia del pensamiento castrense conservador, con lo cual, conceptos innovadores se transforman apenas en recurso semántico. Guerra de cuarta generación, combate asimétrico y conflicto persistente, por ejemplo, son lugares comunes en las lecciones de doctrina. Esas expresiones asociadas a otros términos técnicos, enriquecieron el vocabulario de los soldados, dándole una connotación futurista. Mientras tanto, en la mayoría de los Ejércitos del planeta persiste el incondicional apego a preceptos de la era industrial y a la lógica cartesiana y mecanicista que le es propia. Al final, como observó Robert Baumann: “las personas se muestran más receptivas a las nuevas evidencias que se ajustan a puntos de vista aceptados, que a las evidencias que los contradicen” (1998, p. 16). De esta forma, para comprender la guerra en el siglo XXI, es necesario ir más allá de la tecnología e identificar la verdadera profundidad de los cambios promovidos por el advenimiento de la era de la información en todos los aspectos de la vida cotidiana.

Según el Teniente Coronel Carlos Jorge de Oliveira Ribeiro, del Ejército portugués, actualmente, en los países industrializados occidentales está en curso la *Transformación de la Defensa* que tiene como objetivo modificar las actuales fuerzas, con características dominantes de la sociedad industrial, en

fuerzas fundadas en el conocimiento y asentado en sofisticadas plataformas tecnológicas.

[...] La innovación es un aspecto crucial y no se refiere apenas a los aspectos tecnológicos, también a la organización organizacional y conceptual. Las organizaciones deben ser más flexibles, disponiendo de estructuras organizacionales que permeen combinaciones innovadoras de unidades de maniobra, para el cumplimiento de varias misiones, permitiendo así, mayor flexibilidad en el empleo.

[...] Con la progresiva tendencia al aumento de los conflictos asimétricos, es necesario disponer de fuerzas flexibles y ajustables a cualquier tipo de operación. La rapidez de proyección y empleo de la fuerza es fundamental para enfrentar cualquier conflicto lo más rápidamente posible, de modo a limitar sus efectos. (2010, p. s.p.)

No obstante, antes de responder a la cuestión sobre el tipo de fuerza que estará apta para trabar y vencer las guerras de la era de la información, es necesario realizar un exhaustivo análisis del ambiente de conflicto del siglo XXI. Al final, pocos fenómenos son tan recurrentes en la historia militar como ejércitos preparándose para disputar la guerra equivocada.

Los conflictos de la Edad del Acero

La forma como el tema “Defensa” es entendido en Occidente, se encuentra íntimamente asociada, en sus presupuestos básicos, a la concepción westfaliana del Estado Nación y al modelo del orden internacional generado a partir de los tratados de Münster y Osnabrück, firmados después de la Guerra de los Treinta Años (1618 -1648). Ósea, desde la segunda mitad del siglo XVII, el objetivo fundamental de la “defensa” ha sido la preservación del Estado, bien como la consecución de metas políticas, ante *las amenazas provenientes de otros Estados nacionales*. Esa característica fundamental fue acentuada, en los siglos XVIII y XIX, dadas las profundas transformaciones políticas, sociales, económicas, militares y científico-tecnológicas provenientes de la revolución francesa e Industrial.

La Guerra de Crimea (1853 -1856) fue considerada un conflicto proto-industrial por haber incorporado tecnología proveniente de la Revolución

Industrial, como el telégrafo, el ferrocarril, armas estriadas con cargamento por la culata y el registro fotográfico, por ejemplo. Las innovaciones tecnológicas conllevaron una ampliación de la letalidad del campo de batalla, con el incremento del poder de fuego, expansión de la capacidad de concentración de tropas y mayor rapidez en la transmisión de órdenes e informaciones.

De otro lado, la Guerra de Secesión norteamericana (1861 – 1865) es conocida como el primer conflicto de la “edad del acero”, no solo por haber experimentado los efectos de la tecnología sobre la táctica, también por haber llevado al embate una sociedad industrial emergente, representada por la Unión y una sociedad agrario-esclavista, representada por los Estados confederados del sur.

La Guerra de la Triple Alianza (1864 – 1870) fue el primer conflicto suramericano que hizo uso y al mismo tiempo, sintió los efectos de la nueva tecnología. De ese modo, batallas cruentas como la de Balaclava (1854), Gettysburg (1863), y Curupatyti (1866), inauguraron la nueva era al compartir muchas de sus características, sobre todo, la obsolescencia de las formas usuales de enfrentamiento campal.

Durante la Guerra Franco – Prusiana (1870 -1871), la industrialización ya era una realidad evidente. Sin embargo, fue solamente en la primera mitad del siglo XX que los conflictos de la Era Industrial alcanzaron su ápice con las dos guerras mundiales (1914 – 1918 y 1939 -1945).

De un modo general, los conflictos industriales se caracterizan por:

- Escenarios previsibles, elaborados según un número restricto y predefinido de amenazas.
- Protagonismo de actores estatales.
- Confrontación de identidades nacionales, moldados por intereses políticos y económicos.
- Comprensión de la guerra como discurso de la política del Estado-Nación.
- Esfuerzo de guerra dependiente de la conscripción en masa y de la movilización nacional.

- Primacía de las acciones en el campo militar.
- Énfasis en la aplicación del poderío bélico convencional para destruir las Fuerzas Militares del enemigo.
- Simetría en la aplicación del poder de combate, con énfasis en los conflictos regulares.
- Aplicación del poder de combate en toda su plenitud, con pequeña incidencia de restricciones legales sobre las operaciones militares, que resultó en una amplia libertad para el empleo de la máxima fuerza letal.
- Delimitación temporal y geográfica del conflicto armado, con clara definición de la victoria en el campo militar.

Las dos guerras mundiales consagraron el estereotipo de la “guerra industrial” como dogma, tanto para la formulación de políticas de defensa, cuanto para la destinación de fuerzas armadas. Es innegable que, de un modo general, el sentido común, conserva un entendimiento de la guerra limitado, esencialmente, al conflicto inter-estatal, protagonizado por Ejércitos permanentes y orientados a la consecución de objetivos políticos en la estricta acepción de Clausewitz. Es para este tipo de guerra que las fuerzas armadas, en todo el planeta, se han organizado, entrenado y desarrollado sus capacidades.

Aún, las primeras décadas del siglo XXI, imponen una nueva realidad, pues, vivimos en una *era de predominio absoluto de la violencia no estatal*. Un período de la historia en el cual, el pretendido monopolio estatal sobre la aplicación de la fuerza coercitiva, fue definitivamente quebrado. Se trata de una verdadera ruptura paradigmática. De tal suerte que, hasta las más modernas y bien entrenadas unidades de combate se muestran inadecuadas e ineficaces frente al actual ambiente de conflicto.

La constatación de que el *American way of war* – o sea, la creencia occidental en el poder irrestricto de los cañones- no atiende más las demandas de defensa de una nueva era que ha motivado, a lo largo de los últimos años, un profundo debate acerca de la conducción de la guerra (Pinheiro, sf.). En busca de respuestas satisfactorias para “nuevos” desafíos y “nuevas” amenazas, especialistas, en todo el mundo, se han dedicado al estudio prospectivo de los conflictos del siglo XXI, esperando definir sus características fundamentales

y, con eso, orientar adecuadamente la evolución de sus fuerzas armadas hacia un orden pos-industrial.

Muchos escépticos, armados de pensamiento conservador, refutan cabalmente la idea de que sea necesaria una “relectura” de los conflictos armados. Al final, “pequeñas guerras” y actores armados no estatales, como, por ejemplo, bandoleros, salteadores, guerrilleros, insurrectos y terroristas hicieron parte de la historia.

Sin embargo, ¿cómo admitir que la humanidad deja la “Edad del Acero” e ingresa a la “Era de la Información”, pasando, una vez más por profundas transformaciones sociales, políticas, económicas y ambientales, sin reconocer que tal hecho ejerce influencia directa sobre la conducta de la guerra? O, ¿cómo explicar los repetidos fracasos de las más poderosas fuerzas armadas del planeta, inmersas en interminables e inconclusos conflictos irregulares asimétricos?

Aunque no deba ser desconsiderada, la concepción de defensa fundamentada primordialmente en la confrontación ostensiva entre Estados nacionales, posee una aplicación cada vez más restricta. En un artículo titulado *Crises e Conflitos no Século XXI: A Evolução das Forças de Operações Especiais*¹⁴(s.f), el General Álvaro Souza Pinheiro, del Ejército brasileño, asegura que:

El crimen organizado, la migración y el extremismo violento están en alta y se volverán los factores más importantes de desestabilización. Los Estados nacionales constituidos dominan la construcción política, sin embargo, los actores no estatales competirán cada vez más vigorosamente con los Estados nacionales por la influencia sobre las poblaciones. La soberanía permanecerá un concepto válido para la integridad territorial, pero, la soberanía económica, la soberanía de la información y la soberanía cultural serán cada vez más difíciles de proteger. Todo eso será aún más complejo en función del cambio climático, crecimiento de la

¹⁴ *Crisis y conflictos en el siglo XXI: La evolución de las Fuerzas de Operaciones Especiales*. Gn. Pinheiro, Álvaro de Souza (s.f.).

población global, crisis económicas periódicas y principalmente, de la amenaza cada vez más presente de Estados fallidos.

La probabilidad de conflictos de mayor intensidad entre Estados nacionales desarrollados está decreciendo sensiblemente. Aunque se acepte la posibilidad realista de la eclosión de confrontaciones armadas entre actores estatales, lo más probable es que empleen métodos asimétricos de guerra. (Pinheiro, s.f.).

De esa forma, la sociedad viene presentando demandas por seguridad que, a pesar de no ser inéditas en su esencia, son requeridas en un nuevo contexto, sobre todo, en virtud de los daños experimentados. Crímenes transfronterizos, terrorismo doméstico e internacional, flujos migratorios, presión demográfica, urbanización desbordada, fortalecimiento de identidades étnicas y culturales, globalización y cuestiones ambientales son apenas algunos de los componentes de ese intrincado mosaico.

De hecho, el curso de la historia de la humanidad, necesariamente, incluye los conflictos armados en un contexto social, político, geopolítico, económico, ambiental y científico-tecnológico más amplio. Es la conjunción de estos factores la que define la naturaleza de la guerra, y no lo contrario. Aún, el apego incondicional a una visión ortodoxa de los conflictos armados y, por consiguiente, del papel idealizado para las fuerzas armadas en el orden westfaliano, restringe la readecuación de las instituciones militares a la era de la información, obstruyendo el uso coherente y eficaz del poderío bélico convencional.

En realidad, las áreas conflagradas alrededor del mundo han demostrado explícitamente, a lo largo de las últimas décadas, cuan inocuo y anacrónico resulta el uso de la fuerza militar calcado en los preceptos y parámetros de la era industrial. Aun así, estadistas y, sobre todo, soldados, continúan obsesionados con la panacea de la batalla decisiva, como, por ejemplo, Sedan (1870), Tsushima (1905), Tannenberg (1914) Sadowa (1942), Midway (1942), Alamein (1942) o Stalingrado (1943). Tal hecho explica, hasta cierto punto, la incidencia, cada vez mayor, de políticas de Estado inconsistentes, apoyadas en estrategias incoherentes. En este escenario, conviene citar Clausewitz, reiterando la sabia advertencia del oficial prusiano, para quien: “lo

primero, lo más importante, el acto de apreciación más decisivo que un hombre de Estado o un comandante en jefe ejecuta, consiste en la apreciación correcta del tipo de guerra que lleva a efecto, con el fin de no tomarla por aquello que ella no es y no quiere hacer de ella, aquello que la naturaleza de las circunstancias le impide que sea”. (1979, p.447)

De Stalingrado a Fallujah

Los peligros encontrados en las trincheras de las dos guerras mundiales, tal vez fueron substancialmente mayores que los riesgos que los soldados vienen corriendo en los campos de batalla del siglo XXI. Un eventual análisis comparativo del número de bajas sufridas entre combatientes en los conflictos armados de los últimos cien años, ciertamente, corroboraría esa afirmación. Sin embargo, la complejidad que caracteriza el actual ambiente operacional es, indudablemente mayor.

Los ejércitos de la era industrial, como aquellos que promovieron los duelos de artillería y el genocidio de infantes durante la Primera Guerra Mundial, poseían filas constituidas por “ciudadanos soldados” legados de la Revolución Francesa, cuya principal virtud, infelizmente, era la capacidad de “morir por la patria”. La conscripción en masa, muchas veces realizada rápidamente, con la intuición de atender a una movilización nacional o para completar el elevado número de bajas en el *front*, producía una fuerza desprovista de criterio selectivo y sin calificación técnica.

En la Era de la Información, gracias al “efecto CNN”, pequeñas acciones han adquirido repercusión política y divulgación global, y han vuelto obsoleta la rígida compartimentación de los niveles decisorios. Al contrario, lo que hoy, es posible constatar, representa una clara sobre posición, en el tiempo y en el espacio, de los aspectos políticos, estratégicos y tácticos de la lucha, permeando toda la estructura de comando, hasta los menores escalones. Según el General Charles Krulak, del Cuerpo de Fusileros Navales de los Estados Unidos, para dar cuenta de esa realidad, los Ejércitos deben disponer de “cabos estratégicos” (Krulak, 1999). Esto es, soldados capaces de, simultáneamente, aplicar con eficacia y precisión el poder de combate, conquistar el

apoyo de la población, y legitimar el poder central, actuando, no apenas, como plataformas de combate semi-autónomas, más también como sensores de inteligencia y vectores de operaciones psicológicas. Ellos deben ser entrenados y demostrar aptitud para evaluar la situación táctica, decidir con rapidez, y actuar por cuenta propia, explorando con habilidad las efímeras oportunidades que se presenten, tanto en el caótico ambiente físico a su vuelta, cuanto en el espectro informacional de medios globales. Naturalmente, una expectativa de esas proporciones, solo puede ser depositada en Ejércitos que dispongan de núcleos de efectivos profesionales, criteriosamente seleccionados y entrenados.

Aunque los ataques terroristas perpetrados contra los Estados Unidos en el memorable 11 de septiembre de 2001, sean aceptados como un marco histórico, la transición de las guerras industriales para los conflictos de la era de la información no ocurrió de forma repentina. Al contrario, resultó de un proceso gradual, iniciado en los años 1960 y se intensificó en las últimas décadas del siglo XX, gracias, especialmente, al fenómeno de la globalización. Fue debido, menos a la incorporación de “nuevos” elementos a la naturaleza de la guerra, que a una nueva dinámica de interacción de antiguas características. Como ya fue dicho, terrorismo, insurgencias, bandidaje, anarquía, sectarismo fratricida, disputas étnicas y religiosas siempre permearán la historia de la humanidad.

La tabla No. 5 busca destacar, de forma sucinta, las principales diferencias entre los conflictos armados de la era industrial y de la era de la información:

Tabla 5: Los conflictos armados de la era industrial y de la era de la información.

ERA INDUSTRIAL	ERA DE LA INFORMACIÓN
Idea de monopolio estatal sobre la aplicación de la fuerza coercitiva. Número restringido y definido de amenazas.	Quiebra del pretendido monopolio estatal sobre la aplicación de la fuerza coercitiva. Fragmentación de las amenazas, con

Predominio de amenazas estatales. Ocurrencia de escenarios previsibles, elaborados según amenazas permanentes y predefinidas. Planificación militar basada en una amenaza específica.	predominio de amenazas no estatales. Ocurrencia de amenazas híbridas, que combinan capacidades típicas del combate convencional y de la guerra irregular. Ambiente de incertidumbre y configuración difusa. Planificación basada en capacidades.
Confrontación de identidades nacionales, moldado por intereses políticos y económicos.	Confrontación de identidades culturales locales, moldado por aspectos políticos, económicos, sociales y ambientales.
En términos prácticos, el conflicto armado es visto como recurso de la política del Estado-Nación (Clausewitz). La guerra es entendida como fenómeno político, que combina diplomacia y poderío bélico convencional.	El conflicto armado es visto, simultáneamente, como fenómeno político y social.
Seguridad Nacional: tema esencialmente restricto a la actuación de las fuerzas armadas, formulado según una concepción Estado-céntrica y militarista. Acciones en otros campos del poder nacional son orientadas para la movilización de la estructura militar de guerra. Obedece a una lógica cartesiana, linear y mecanicista.	Seguridad y Defensa: concepto más amplio y complejo, de carácter permanente, que trasciende la esfera militar, caracterizando mayor independencia entre todos los campos del poder nacional para moldar el ambiente, evitando la deflagración o agravamiento de eventuales crisis. Implica acciones de otras agencias de seguridad del Estado. El concepto de Seguridad Humana (presentado por el PNUD en 1994) se contrapone al concepto de Seguridad Na-

	cional. Uso de herramientas de pensamiento complejo (o integrador).
Intensas campañas de propaganda anteceden los conflictos armados y permiten al Estado movilizar la opinión pública interna.	Comunicaciones globales: la pérdida absoluta del control sobre los medios de comunicación de masa y el acceso irrestricto a la información digital limitan la capacidad estatal de moldar la opinión pública y fortalecer la voluntad nacional. Impacto de las redes sociales virtuales de amplitud global.
Fuerzas oponentes (regulares e irregulares) dotadas de estructuras verticalmente jerarquizadas.	Estructuras de redes de amplitud transnacional cubriendo gobiernos legítimos, partidos políticos legalmente reconocidos, ONG's, movimientos sociales, instituciones filantrópicas, compañías militares privadas, fuerzas irregulares, organizaciones terroristas, facciones criminales, etc.
Movilización permanente de fuerzas con pre-posicionamiento de tropas (previa ocupación geográfica).	Proyección de poder: flexibilidad y movilidad permiten rápidos movimientos de fuerza para atender contingencias específicas y situaciones de crisis localizadas.
Ejércitos de conscripción en masa, con baja calificación técnica y bajo criterio selectivo. Filas constituidas por ciudadanos – soldados. Énfasis en la disciplina, en detrimento	Núcleo de efectivos profesionales. Cada soldado opera como una plataforma de combate semi-autónoma. Énfasis en la iniciativa con mayor libertad de acción. Reducción del ciclo decisorio, con dele-

de la iniciativa. Ciclos decisorios excesivamente lentos y burocratizados.	gación de competencia a los escalones subordinados.
Énfasis en la aplicación del poderío bélico convencional para destruir las Fuerzas Militares del enemigo.	Énfasis en la lucha por el apoyo de la población.
Toma de decisiones estructurada en niveles con clara distinción entre componentes políticos, estratégicos y tácticos de lucha.	Charles Krulak: “cabos estratégicos”.
Delimitación geográfica del campo de batalla.	Indefinición del campo de batalla. Ausencia de límites. Transcendencia del campo de operaciones.
Simetría en la aplicación del poder de combate, con énfasis en los conflictos regulares.	Asimetría en la aplicación del poder de combate, con énfasis en los conflictos irregulares.
Predominio de guerras convencionales inter estatales.	Predominio de conflictos irregulares intra-estatales. Amenazas híbridas.
Batallas campales convergiendo para núcleos urbanos.	Batallas preponderantemente urbanas.
Más incidencia de bajas entre los combatientes (hasta la II Guerra Mundial). Giulio Dueth: la destrucción de la voluntad del pueblo como objetivo de las operaciones militares (población civil	Más incidencia de bajas entre los no combatientes. Rupert Smith (Libro <i>Guerra en medio del pueblo</i>): la conquista de la voluntad de la población civil como objetivo de

como blanco de guerra).	las operaciones militares.
Evolución secuencial del conflicto. Campaña militar realizada por fases.	Simultaneidad de acciones de naturalezas distintas (amplio espectro): operaciones de combate ofensivas y defensivas, acciones humanitarias, contrainsurgencia, reconstrucción de Estados fallidos, etc.
Delimitación temporal del conflicto armado.	Conflicto permanente o persistente: indefinición de los marcos temporales de inicio y término del conflicto.
Aplicación del poder de combate en toda su plenitud. Pequeña incidencia de restricciones legales sobre las operaciones militares. Amplia libertad para el empleo de la máxima fuerza letal.	Restricciones legales y la presión de la opinión pública imponen la aplicación selectiva y precisa de la capacidad destructiva con mayor control de daños y reducción de los efectos colaterales.
Los combates se realizan en la dimensión física del campo de batalla.	Los combates se realizan en las dimensiones, humana e informacional del ambiente operacional en detrimento de su dimensión física.
Guerra absoluta /batalla decisiva (Clausewitz). La economía de guerra y la movilización nacional agotan los recursos del país. Ofensivas y defensivas en larga escala. Grandes batallas. La definición de la guerra se obtiene, esencialmente en el campo de batalla	Operaciones de amplio espectro: operaciones de combate ofensivas y defensivas limitadas, combinadas con intensas campañas de información, y simultáneas a acciones de asistencia humanitaria; contrainsurgencia y operaciones de estabilidad y apoyo. Amplio empleo de operaciones especiales. La definición de la guerra se obtiene

dado el empleo de fuerzas armadas.	esencialmente, en el ambiente informacional de acuerdo con la percepción de la opinión pública.
Clara definición de la victoria en el campo militar.	Indefinición de la victoria.

Fuente: Elaboración propia

Las exigencias de los complejos escenarios pos-industriales van mucho más allá de la simple aplicación del poderío bélico convencional con el único propósito de superar y destruir las Fuerzas Militares del enemigo. En realidad, la victoria en el campo de batalla en el siglo XXI depende de un amplio espectro de capacidades.

Se observa aún que, la “globalización de la violencia”, presenta nuevos desafíos, exigiendo mayores esfuerzos que aquellos que los estrechos límites del campo militar pueden ofrecer. Además, la tecnología de la comunicación, que permite el fácil establecimiento de conexiones entre redes globales de cooperación, aliada a la búsqueda de formas alternativas de financiamiento, ha aproximado facciones extremistas y organizaciones criminales que mantienen relaciones, sobre todo, con el tráfico internacional de drogas y de armas y al lavado de dinero. Por lo tanto, se hace necesario evaluar nuevamente los preceptos de seguridad y defensa, avanzando más allá de la simple capacitación de fuerzas convencionales para la contrainsurgencia. Un nuevo abordaje debe tener, necesariamente, como punto de partida, la redefinición de las amenazas a la sociedad, incluyendo actores no estatales de actuación doméstica y transnacional.

Es probable que los Ejércitos nacionales continúen siendo fácilmente atraídos a luchar, bajo la ríspida censura de la opinión pública, en conflictos prolongados, en donde una victoria rápida y decisiva no pueda ser obtenida simplemente por la superioridad bélica convencional. Por lo tanto, políticas nacionales de defensa eficaces deben, necesariamente, trascender el ámbito de las acciones militares, anticipándose a las amenazas provenientes de la degradación de ambientes político-sociales perniciosos. Pues, a partir de un

determinado nivel de descomposición del cuadro interno, cualquier esfuerzo militar será inocuo y vacío de significado.

Actuar en ambientes en donde prevalezcan riesgos asimétricos puede ser considerado el gran desafío impuesto a las fuerzas armadas en el siglo XXI. Pero, al contrario de lo que muchos creen, la adquisición de nuevas capacidades para operar en un amplio espectro de conflictos no implica la pérdida o reducción de la eficiencia en las tácticas convencionales de combate terrestre. Las fuerzas armadas no deben jamás descuidar sus “misiones tradicionales”, so pena de volverse débiles e ineficaces, perdiendo su poder disuasorio. Sin embargo, para hacerle frente a las amenazas de este siglo, deben redimensionar su empleo y sus competencias en el más amplio espectro de conflictos. La visión dogmática que estereotipa la guerra, limitándola a ser apenas una confrontación formal entre dos Ejércitos regulares debe, finalmente, ser puesta de lado. Las operaciones de manutención de paz, las acciones humanitarias, las operaciones de estabilidad y apoyo, la guerra contra las drogas y contra el terrorismo corroboran estas afirmaciones.

La Guerra Irregular

Vivimos en una era de predominio absoluto de la violencia armada no estatal. Los focos de pobreza e iniquidad, que subsisten al margen de la economía de mercado, continuarán representando fuentes perenes de inestabilidad. Es así, porque ambientes políticos-sociales perniciosos facilitan el surgimiento de movimientos contestatarios que pueden culminar con el empleo de la violencia armada o simplemente, degenerar en mero bandidismo. De consolidarse las tendencias actuales, los conflictos irregulares serán preponderantes ante las formas tradicionales de beligerancia.

En términos prácticos, una guerra irregular es aquel conflicto conducido por una fuerza que no dispone de organización militar formal y, sobre todo, de legitimidad jurídica o institucional. Ósea, es una guerra trabada por una fuerza no regular. Ese concepto puede parecer excesivamente amplio o vago, pero es, apenas simple.

El carácter informal, dinámico, flexible y mutable del combate irregular ha contrariado el cientificismo académico, frustrando las expectativas de aquellos que buscan, en vano, por patrones doctrinales rígidos, aplicables con la misma cobertura encontrada en la guerra regular. La dificultad en la definición de conceptos didácticos que se encajen integralmente en contextos históricos muy distintos, motivó el surgimiento, a lo largo del tiempo, de una serie de términos y definiciones de uso común, como “pequeña guerra” (*Kleinkrieg*), “guerra de *partisans*”, “guerra no convencional”, “guerra irregular”, y “conflicto de baja intensidad”, para citar apenas algunos ejemplos. Por lo tanto, la redacción de conceptos formales se volvió muy extensa, pero su real utilidad permaneció bastante limitada, pues, la esencia de la guerra irregular se mantuvo inalterada. Con la intuición de darle una connotación actual, la mayoría de los autores han empleado la expresión “*conflicto asimétrico*”, usada por primera vez por Andrew Mack en 1974 en su libro *The concept of power and its use explaining asymmetric conflict*,.

Más tarde en 1990, Friedrich Von Der Heydte lo define así:

[...] La guerra irregular es un fenómeno que manifiesta características diferentes y singulares. En una guerra que aparentemente no es guerra.

[...] Quien busque, en la riqueza de la literatura contemporánea sobre guerra irregular, una definición convincente de la naturaleza de esa forma de conducción de la guerra, va sorprendentemente, a descubrir que la mayoría de los teóricos que discuten sobre guerra irregular, aún nos debe una definición nítida sobre aquello de lo que están hablando.

[...] La guerra irregular es, de cualquier manera, guerra. Es una guerra “real” y no un “substituto de la guerra”, ni “guerras indirectas¹⁵”, tampoco una “operación que se aproxima de la guerra”, “una situación que solo no es una guerra” – o cualquier otra expresión que pudiera usar en una “circunscripción semántica”, de modo a privilegiar la llamada “guerra en gran escala”, por cualquier razón, como

¹⁵ Nota del traductor: Guerras indirectas, aquellas en las cuales dos fuerzas (muchas veces nacionales) se enfrentan a través de fuerzas no estatales. Por ejemplo, en la Guerra Civil Española, Alemanes e Italianos, apoyando a las fuerzas franquistas, enfrentaron a la Unión Soviética que apoyaba las fuerzas revolucionarias españolas. La Guerra Fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética, fue hecha a partir de guerras indirectas.

única “guerra real”, en la cual grandes unidades militares y medios de destrucción manipulados por soldados uniformizados desempeñan el papel decisivo. (1990, Pp. 18, 37, 38).

Los generales se acostumbraron a trabar la guerra según procesos y métodos fundamentados en una lógica cartesiana, siguiendo fórmulas “matemáticas y geométricas” preestablecidas. Líderes rebeldes, guerrilleros y terroristas, no. Las ideas de T.E. Lawrence no dialogan con las de Ferdinand Foch – esa afirmación es respecto, apenas, a los eventos relacionados a la Primera Guerra Mundial. Se trata, en realidad, de una contundente advertencia a estadistas y militares del siglo XXI.

Conviene destacar que ningún gran líder guerrillero del siglo XX fue un soldado profesional. T. E. Lawrence, Michael Collins, Joseph Broz, Mao Tsé Tung, Fidel Castro, Võ Nguyen Giap o Ahmad Massoud, para citar apenas algunos nombres, fueron todos civiles. La resuelta obsesión por los tradicionales patrones doctrinarios y la lógica cartesiana que ha distinguido a los militares, poca o ninguna ayuda tienen en una guerra en donde prevalecen factores de orden político, cultural y psicológico en detrimento del poder relativo de combate de las partes beligerantes. A lo largo de la historia, no fueron pocas las fuerzas convencionales que, mismo con líderes y dotadas de los medios necesarios, fueron impotentes o sufrieron grandes reveses frente a pequeños contingentes guerrilleros o células terroristas – y tal hecho se ha repetido con gran frecuencia en los días actuales.

Para comprender la guerra irregular se debe partir de la premisa de que en ese tipo de beligerancia, no existen reglas. Sin reglas, es más difícil la tarea de delinear un conjunto rígido y definido de principios teóricos que fundamenten su aplicación en circunstancias muy diversas. El vigor de la guerra irregular se encuentra, justamente, en esa importante característica: la ausencia de patrones rígidos que le permite adaptarse a ambientes políticos, sociales y militares diferenciados.

De un modo general, los conceptos disponibles sobre guerra irregular apuntan hacia una forma de beligerancia que trasciende los estrechos límites del campo militar, destacan la actuación de fuerzas predominantemente do-

mésticas y hacen referencia a la guerra de guerrillas, a la subversión, al sabotaje y al terrorismo. Por razones obvias, durante mucho tiempo, las definiciones relativas a la guerra irregular se mantuvieron vinculadas a la idea de “guerra interna”. El mismo Derecho Internacional Humanitario contempla, apenas, los “*conflictos armados internacionales*”. Mientras tanto, el narcoterrorismo y la obstinada militancia de organizaciones *jiihadistas*, que poseen simultáneamente carácter doméstico y transnacional, volvieron imperfecta dicha asociación.

Particularmente, durante la segunda mitad del siglo XX, los conceptos de “guerra interna” y “guerra irregular”, se mantuvieron como correlatos y bajo un enfoque jurídico, dieron origen a tres categorías distintas de conflicto, a saber:

Guerra de independencia. Comúnmente denominada “*guerra de liberación nacional*”. Fenómeno asociado, sobre todo, al desmantelamiento del imperio neocolonial europeo que se siguió a la finalización de la Segunda Guerra Mundial, en Asia y África. Dentro de este contexto, fuerzas domesticas se dedicaron a la conquista de su autonomía política por medio de la ruptura de los vínculos de subordinación establecidos por una metrópolis extranjera. Dos ejemplos: la violencia deflagrada en Kenia por los *Mau Mau* y la guerra de Independencia de Argel. Gracias a su fuerte tendencia psicológica, grupos étnicos, también, evocan ese tipo de lucha armada cuando reivindican autonomía, nutriendo ambiciones separatistas y nacionalistas, como los *curdos*, por ejemplo.

Guerra civil. Conflicto armado de carácter no internacional que envuelve segmentos distintos de una sociedad conflagrada por razones político-ideológicas, religiosas o étnicas, en donde la descomposición del cuadro interno promueve el avance generalizado de la violencia, fomentando el sectarismo fratricida decurrente de disensos populares. La cruenta disputa por el poder protagonizada por el Movimiento Popular de Liberación de Angola (MPLA) y por la Unión Nacional para la Independencia Total de Angola (UNITA) puede ser citada como ejemplo de esa forma particularmente brutal de guerra irregular.

Guerra de resistencia. Es un tipo de conflicto armado conducido por nacionales contra una fuerza de ocupación extranjera. Tiene por objetivo restablecer las garantías de sobrevivencia de la población, la integridad territorial, la unidad política, la soberanía y/o la independencia, total o parcialmente, comprometidas por la intervención externa. La lucha trabada por el Ejército de la Patria polonés contra la ocupación nazi durante la Segunda Guerra Mundial y la heroica resistencia emprendida por los guerrilleros *mujahidin* en el Valle del Panjshir, en Afganistán, durante la ocupación soviética, ejemplifican ese modelo de guerra irregular. Según Clausewitz, “la Sublevación Nacional o el llamado nacional a las armas puede ser citado como un medio particular de defensa”. (1979, p.447)

Las tensiones políticas que caracterizan el período de la Guerra Fría llevaron a la proposición de un abordaje de la guerra interna según bases ideológicas. Ese enfoque permitió el ordenamiento de los conflictos irregulares en dos clases distintas, a saber:

Guerra revolucionaria. Forma peculiar de lucha armada que comprende las acciones en el campo militar de un fenómeno político-social mucho más amplio, de cuño extremista, destinado a la conquista del poder, a la transformación violenta del orden vigente y a la implementación de un “nuevo” sistema fundado en preceptos ideológicos. En términos prácticos, ese abordaje restringió la comprensión de la guerra irregular, pues forjó una asociación indebida entre combate no convencional y la necesidad de un sistema formal de ideas radicales predefinido. Muchos soldados, equivocadamente, dejan de reconocer la guerra irregular, por la simple inexistencia de una motivación ideológica. Somos obligados a admitir que la guerra irregular surgió mucho antes del advenimiento de cualquier corriente ideológica y, por lo tanto, la ocurrencia de un fenómeno es independiente del otro.

Insurrección. Sublevación popular desprovista de motivación ideológica, fundamentada, apenas, en reivindicaciones políticas, sociales y/o económicas específicas y limitadas, como la concesión de derechos o la restitución de prerrogativas.

Algunos eventos, según su clasificación, no dejan margen a dudas. La lucha guerrillera se depuso a Fulgencio Batista, llevando a Fidel Castro al poder en Habana, fue una revolución, mientras que la revolución campesina protagonizada por los indígenas del movimiento zapatista, en 1994, en Chiapas – México, fue una insurrección. Otros conflictos, sin embargo, exigen un análisis un poco más profundo, por ejemplo:

- La exitosa guerra de resistencia yugoslava, durante la Segunda Guerra Mundial, era entendida por su máximo exponente, Joseph Broz Tito, como una etapa dentro de una dinámica revolucionaria más amplia.
- Las Guerras de Indochina y de Vietnam, hicieron parte de un único proceso histórico que abarcó guerra irregular, guerra de independencia, guerra de resistencia y guerra revolucionaria.
- La violencia deflagrada en Irak pos-Saddan Hussein, comprendió elementos de la insurgencia sunita destituida de poder, de la resistencia local contra la ocupación anglo-americana y la dedicada militancia *jihadista* internacional.

Los intentos de organizar didácticamente los conceptos pertinentes al combate irregular se muestran relevantes, mientras ofrecen una orientación general para su análisis. Aún, como los escenarios políticos, sociales y científico-tecnológicos se encuentran en permanente transformación y por consiguiente, la propia conducta de la guerra irregular, el apego incondicional a definiciones y clasificaciones doctrinales puede llevar a la obsolescencia.

Con el fin de la Guerra Fría, en la década de 1990, la guerra irregular alcanzó un nuevo contexto, en el cual el financiamiento del narcotráfico y la violencia extremista del islamismo político, pasaron a ejercer gran influencia, exigiendo una nueva evaluación de preceptos teóricos utilizados en la formulación de políticas nacionales de defensa. La perspectiva de que organizaciones terroristas tengan acceso a armas de destrucción en masa, por ejemplo, permite la “simbiosis” de fenómenos muy diferentes, localizados, hasta entonces, en extremos opuestos de la ciencia militar, como la guerra nuclear y el combate irregular.

La guerra irregular substituye las tradicionales formas de beligerancia

Desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, en 1945, la incidencia de conflictos irregulares ha superado la ocurrencia de guerras convencionales. Una breve mirada sobre las áreas de tensión y las áreas conflagradas alrededor del planeta reforzará la idea de supremacía de las prácticas calificadas como “*irregulares*”, toda vez que grupos insurgentes, organizaciones terroristas y facciones armadas rompieron el pretendido monopolio estatal sobre la guerra, protagonizando los principales conflictos de la actualidad.

La omnipresencia de los medios de comunicación, el asedio de organizaciones humanitarias y la influencia de la opinión pública sobre la toma de decisiones políticas y militares, ha caracterizado un escenario en donde Ejércitos nacionales permanentes, con presupuestos dispendiosos y moderna tecnología, parecen ineficaces y anticuados. Por eso mismo, rebeldes, guerrilleros y terroristas subsisten a pesar de todos los esfuerzos para erradicarlos. En las sombrías selvas de América del Sur, en las magníficas montañas de Asia Central y, sobre todo, en los centros urbanos superpoblados de los países pobres o en desarrollo, el Estado viene deparándose con amenazas difusas y complejas, las cuales no consigue extinguir. Tal como fue dicho anteriormente, la guerra, en la alborada de la era de la información, ha asumido el rostro del combate irregular.

Los conflictos irregulares, con gran frecuencia, se desarrollan sin que sean declarados, reconocidos o siquiera, percibidos. Muchas veces, son ocultos. Pero, son invariablemente incomprensidos por el Estado, incluyendo una parcela considerable de sus fuerzas armadas, y por diferentes segmentos de la sociedad civil.

Si, desde mediados del siglo pasado, la guerra irregular es la forma de conflicto más común y si la tendencia es que continúe, es sorprendente, por lo tanto, que la sociedad se muestre, aún, tan vulnerable a ese tipo de amenaza. La cuestión central reside en el hecho de que, sin conocimiento, es más susceptible, tanto a la propaganda y al proselitismo de facciones extremistas,

cuanto al uso de métodos violentos de coerción e intimidación física y psicológica.

Las prácticas de terrorismo, subversión y guerrilla se difundieron de tal forma, desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, que afectaron, directa o indirectamente, en mayor o menor grado, casi la totalidad de las naciones del globo. Al final de la Guerra Fría, se crearon expectativas infundadas de que el sectarismo fratricida alimentado por el radicalismo ideológico que convulsionó el Tercer Mundo, tendría un fin. No demoró mucho tiempo hasta que los atentados terroristas perpetrados contra Estados Unidos en septiembre de 2001 y las subsecuentes campañas militares desencadenadas por la Casa Blanca en Afganistán y en Irak probaran lo contrario, renovando el interés por la guerra irregular y proporcionándole inigualable destaque en la literatura especializada.

Más recientemente, las llamadas “revoluciones de colores” como la Primavera Árabe y la crisis de Ucrania, degeneraron en violencia armada de cuño político, étnico o religioso. En Libia, Siria, a lo largo de los ríos Tigris y Éufrates o en las estepas del río Donetsk, fuerzas irregulares de diferentes matices han asumido un papel destacado en el curso de los acontecimientos. El nombre de organizaciones extremistas como el Partido de Dios libanés, o el nigeriano Boko Haram o el Estado Islámico, por ejemplo, se volvieron lugar común en los noticieros internacionales. La amenaza perenne representada por el terrorismo transnacional paira sobre las naciones europeas, manteniendo las fuerzas de seguridad del Viejo Mundo en permanente Estado de alerta, mientras que atentados con bombas victimizan civiles inocentes en Indonesia- en el extremo oriente.

En toda América Latina, cuadrillas armadas y grupos insurgentes asociados al tráfico internacional de drogas persisten confrontando el poder público con notable éxito. Es posible constatar, aún, la existencia de conflictos que se arrastran de forma inconclusa a lo largo de décadas ininterrumpidamente, desafiando los esfuerzos de llevarlos a su fin, como la cuestión palestina, el conflicto colombiano o la arraigada violencia sectaria que, históricamente, ha flagelado al África subsahariana. Es innegable, por lo tanto, que hoy, en to-

dos los continentes, la guerra irregular constituye la más usual forma de beligerancia. Su incidencia es cada vez mayor, contrastando con la drástica reducción de los conflictos armados inter-estatales conducidos por fuerzas convencionales según los dogmas y preceptos de la era industrial.

La evolución de la guerra irregular desde una perspectiva histórica

Por cierto, el combate irregular, como método primitivo de beligerancia, es la forma más antigua de guerra conocida, pues se estima que las primeras fuerzas armadas combinadas permanentes hayan surgido alrededor de 3.000 A.C., en el Oriente Medio. La práctica guerrera dentro de la colectividad humana, antecede a ese período.

Siendo así, el combate irregular ha estado presente a lo largo de toda la historia de la humanidad. Sin embargo, desde la aparición de la institución militar griega en la antigüedad clásica, las guerras regulares monopolizaron las mentes de soldados y estadistas. Las falanges que marchaban en formación cerrada para un combate campal, directo y decisivo hacen, hoy, parte del enorme legado de la cultura helénica.

Según Mark McNeilly, la esencia de la guerra griega permaneció enraizada en el modo como el occidente ha hecho la guerra, a través de los tiempos, “pasando por las Cruzadas y por la Primera Guerra Mundial, hasta los días actuales” (2003, p.53). Obviamente, la razón de que sea así, reside en el hecho de que la falange griega se volvió invencible. Durante trescientos años, “del 650 al 350 A.C., ningún ejército extranjero, sin importar el grado de su fuerza, pudo enfrentar una falange griega” (McNeilly, 2003, p.56). Desde entonces, toda nación que asciende políticamente o que, simplemente, quiere sobrevivir, busca dotarse de una organización militar tan eficiente como la de los griegos.

Aun así, la guerra irregular nunca dejó de existir. Para algunos pueblos, el éxito de la lucha guerrillera se volvió un marco importante de sus respectivas nacionalidades. La guerra irregular se ha consagrado como una alternativa de lucha para los “débiles”. Ha sido en su esencia, el último recurso con el cual, pueblos oprimidos y minorías desesperadas, pudieron contar para intentar

resistir de alguna forma, a la opresión y muchas veces, a la amenaza del exterminio físico.

A pesar de algunos elementos comunes, perfectamente identificables, la guerra irregular, hasta el final del siglo XIX, era conducida de forma absolutamente empírica, sin metodología, sin sistematización, sin principios o doctrina. Líderes rebeldes o guerrilleros disponían de poco más allá que sus experiencias de lucha. Se valían, exclusivamente, del talento innato, de la nobleza de sus causas, del desespero de sus pueblos, y casi siempre, de la brutalidad de sus enemigos para conseguir la cohesión de sus grupos para llevar su guerra adelante.

En el siglo XX cambió todo eso. La guerra irregular fue dotada de preceptos y de la didáctica teórica que siempre le faltó. De un modo general, eso sucedió debido:

- Al enorme desequilibrio del poderío bélico a la disparidad tecnológica, generados por la Revolución Industrial, entre pueblos “ricos” y “pobres”.
- A la difusión en escala global, de la guerra revolucionaria marxista, en sus diferentes formas (Leninismos, maoísmo, foquismo, etc.).
- Al advenimiento de las operaciones especiales, que, a pesar de contar con remotos antecedentes, se incorporaron de hecho, al repertorio de capacidades de los Ejércitos nacionales permanentes durante la Segunda Guerra Mundial
- Al impase estratégico generado por la corrida atómica, que condujo la confrontación entre las dos superpotencias (Estados Unidos y Unión Soviética) hacia la vía de la guerra indirecta del Tercer Mundo.

Ya con el fin de la Guerra Fría, en la década de 1991, la guerra irregular comenzó a hacer parte de un nuevo contexto, en el cual, el financiamiento del narcotráfico y el extremismo del islamismo político pasaron a ejercer gran influencia.

Pero, para entender las grandes transformaciones que afectaron tanto las guerras convencionales como la guerra irregular y la relación existente entre

ellas, es necesario comprender, de forma sumaria, los profundos cambios que se operaban en el mundo, en el contexto del final del siglo XIX y el inicio del siglo XX.

Al inicio de los años 1960, el Mayor General John Frederick Charles Fuller, uno de los más eminentes pensadores militares del siglo pasado, elaboró un interesante estudio, titulado, *La conducta de la Guerra*, que trata de las consecuencias de la revolución francesa, Industrial y rusa sobre los conflictos armados. Enfatizando el carácter social de la guerra, Fuller analizó cómo las transformaciones políticas, económicas y sociales promovidas por esas tres revoluciones influenciaron, directa o indirectamente, los grandes conflictos del siglo XX. Fuller fue, vehemente en la crítica a estadistas y militares que se equivocaron al interpretar tales alteraciones e hicieron del siglo pasado una desastrosa sucesión de violencia.

La Revolución Francesa de 1789 substituyó los Ejércitos semi-profesionales de los reyes absolutistas, permitiendo el ingreso de la masa de conscriptos en los campos de batalla. Más importante, sin embargo, fue el advenimiento de la democracia moderna y con ella la necesidad de los Estados de legitimar sus acciones por medio del apoyo popular.

Como el “monopolio” del Estado había sido desvirtuado, el ejercicio político se volvió, en tesis, una acción extrema de política externa. De esta forma, para un Estado permitirse la aventura de una empresa bélica, un requisito indispensable era inflamar las pasiones populares, caso contrario, no habría cómo exigir de esa población el enorme sacrificio que le sería impuesto. Así, la opinión pública pasó a tener importancia creciente en el curso de las operaciones militares. Por ese motivo, las guerras del siglo XX fueron invariablemente, precedidas por intensa propaganda y preparación psicológica.

En términos abstractos, democracia representaría menos guerra. Pero una breve mirada a los conflictos ocurridos desde 1789 revela que ese concepto es, mínimamente, dudoso. En realidad, la exacerbación del clamor público,

hábilmente explotada por la propaganda, solo contribuyó a volver la guerra, aún, más brutal.

No sorprende, por lo tanto, que una corriente de pensadores pasara a ver en la voluntad popular un blanco militar legítimo, justificando el ataque a civiles, con el propósito de derrumbarles el ánimo y empujar sus gobiernos a la rendición. Esa concepción alcanzó el ápice en las campañas de bombardeo estratégico, durante la Segunda Guerra Mundial, cuando fueron colocadas en práctica las ideas del italiano Giulio Douhet, y como consecuencia, fueron aniquiladas ciudades enteras, como Dresden en Alemania, o Hirochima y Nagazaki en el Japón. Esto no significa que el ataque a civiles fuera una prerrogativa de las guerras pos-1789 o de Estados democráticos, por el contrario, fue a partir de la Edad contemporánea, inaugurada con la Revolución Francesa, que tal práctica se difundió ampliamente, amparada por el concepto de “guerra total” de Clausewitz.

En cuanto a la Revolución Industrial, no hay duda de que su principal consecuencia sobre la conducta de la guerra fue la implementación tecnológica del campo de batalla, al hacerlo considerablemente más letal. Infelizmente, la táctica no evolucionó de forma tan rápida como los armamentos, los transportes o las comunicaciones. Así, las “hordas de ciudadanos-soldados”, legado de la Revolución Francesa, cuyo principal atributo, era su facultad de “morir por la patria”, disponían de tácticas pre-industriales, obsoletas, en un ambiente, realmente, apto a matarlas con sorprendente pro-eficiencia. Eso puede servir de causa plausible para grandes desastres, como las ofensivas de Flandres, de Verdun o del Some, durante la Primera Guerra Mundial, cuando centenas de miles de vidas humanas fueron cercenadas sin que se alcanzara, de hecho, nada parecido a una victoria militar.

De otro lado, los reflejos de la Revolución Industrial sobre la conducta de la guerra no se limitaron a los avances de la industria bélica. Surgió la necesidad imperativa de garantizar acceso a materias primas industriales y a fuentes de energía, como el petróleo, por ejemplo. Se volvió vital expandir la oferta de mano de obra. Hubo éxodo rural. Las fábricas absorbieron la población campesina y los centros urbanos crecieron, redefiniendo la geografía

del poder político – económico del campo a la ciudad. La producción fabril generó la búsqueda insaciable por nuevos mercados. Modificó los intercambios comerciales entre las naciones. Alteró las relaciones entre trabajo y capital. Substituyó la burguesía mercantil por la burguesía industrial. Promovió el advenimiento del capitalismo industrial de una nueva clase social, el proletariado, así como las ideas socialistas. De ese modo, al imponer transformaciones tan profundas a la sociedad, la Revolución Industrial alteró, por consiguiente, la propia naturaleza de la guerra, sus causas y sus objetivos.

Por su parte, la Revolución Rusa de 1917, proporcionó al socialismo científico de Karl Marx y Friedrich Engels, una primera oportunidad de experiencia concreta. Con la emergencia del Estado Soviético, la guerra amplió su espectro de posibilidades y adquirió un nuevo carácter. El materialismo histórico, expreso en el *Manifiesto Comunista* de 1948, al afirmar que la historia de la humanidad se reducía a la historia de la lucha de clases, proponía, también, una nueva interpretación de la naturaleza de los conflictos militares. Guerra y paz hacían, así, parte de un único y continuo proceso histórico, el de la lucha perenne y voraz entre clases sociales. Para un marxista ortodoxo, la ofensiva de un Ejército en Europa, una paralización obrera en Petrogrado, una huelga estudiantil en París, luchas de independencia en Asia o en África, guerrillas en América latina o un atentado terrorista en Oriente Medio, eran todos componentes de una misma lucha, de una única revolución mundial.

Fue, sobre todo, la adopción de ese concepto como paradigma de la política externa de Moscú y, posteriormente, de Pequín y Habana, que generó las condiciones necesarias para que la guerra irregular adquiriera la sistematización de la metodología que siempre le faltaron.

Cuando, en 1872, la obra de Marx llegó a Rusia, encontró una generación de revolucionarios profesionales, con larga experiencia subversiva y efectivamente empeñada en dar fin a los trescientos años de la dinastía Romanov. No hay duda acerca del inigualable éxito que *El Capital* obtuvo en la tierra de los Zares, aun así, el modelo del revolucionario ruso fue construido por la propia *intelligensia* local.

Pensadores como Cheryshevsk (*Que hacer*- 1862), Sergei Nechaev (*Manual del Revolucionario*- 1869), Mikhail Bakunin, fundador del anarquismo ruso, y Petr Tkachev, considerado el gran teórico de la revolución, están entre los intelectuales que idealizaron el “super hombre” revolucionario – estoico, abnegado, cuya devoción exclusiva e integral a la causa del “pueblo” le aseguraban el “poder para transformar el mundo”.

Era, exactamente ese, el perfil de Vladimir Ilych Ulianov, que, al contrario de los que muchos creen, solo se convirtió al marxismo en la década de 1880. Atento lector de Clausewitz, ambicioso, cruel y dotado de una fe inquebrantable en sí mismo, y en su causa, Lenin, fue capaz de anticiparse al curso caótico que la Revolución Rusa había seguido y a diferencia de otros protagonistas, actuó oportunamente y con iniciativa. Con el mérito de evaluar correctamente el escenario político-social en el cual estaba inmerso y los actores que de él hacían parte, lideró los comunistas en el golpe de octubre de 1917. Amparándose en las ideas de retirar a Rusia de la Primera Guerra Mundial, “*pan, tierra y paz*”, y “*todo poder a los soviets*”, Lenin derrumbó el gobierno de Alexander Kerenski y, progresivamente, alejó mencheviques y socialistas revolucionarios del poder.

En 1918, después de la toma del poder por los bolcheviques, hizo eclosión la violenta guerra civil entre reaccionarios conservadores y revolucionarios socialistas. Con la actividad productiva totalmente desorganizada por la Primera Guerra Mundial, por la revolución, por la planificación económica idealizada por los comunistas, por la guerra civil, el frágil Estado soviético hacía inmerso en el caos y bajo perspectivas no muy favorables. Para consolidar su conquista de octubre, en medio de hercúleos desafíos, Lenin, en el ámbito interno, deflagró el “terror rojo” e impuso el “comunismo de guerra”, que fue, posteriormente, substituido por la famosa “Nueva Política Económica” (NEP)- aprobada en marzo de 1921, durante el X Congreso del Partido Comunista.

En aquel momento, los frentes externos soviéticos se mostraban tan críticos con el degradado escenario interno. Polonia avanzaba por el oeste, la Finlandia era una amenaza perenne al flanco norte en la oriental Siberia, in-

gleses, franceses, norte-americanos y japoneses, ensayaban una alianza con el comandante blanco, Almirante Kolchak. Era absolutamente necesario, exportar la revolución. Con ese propósito explícito, en 1919, Lenin fundó en Moscú, la tercera Internacional o Internacional Comunista.

Por lo tanto, el *Kominter*, como quedó más conocido, surgió no solo del dogmatismo marxista acerca del carácter universal de la causa proletaria, sino también de la necesidad concreta de salvar la Revolución Rusa de las amenazas externas, llegando a ser así, la primera organización terrorista-subversiva internacional. A pesar de que nunca promovió una sola revolución victoriosa, el Kominter, exportó y difundió métodos, conceptos y procedimientos de subversión, sabotaje, terrorismo y espionaje para todo el mundo.

El núcleo del Kominter era el servicio de Relaciones Internacionales (Otdel Mezhdunarodnykh Suyazey - OMS), que mantenía estrechos vínculos con la inteligencia militar del Ejército Rojo y con la OGPU – la policía secreta precursora de la KGB (Komitetyet Gosudarstvennoy Bezopasnosty, Comité de Seguridad del Estado). El OMS era responsable por financiar y controlar, con recursos provenientes del gobierno soviético, los partidos políticos afiliados a la tercera Internacional: falsificar pasaportes; planear y operando con seguridad rutas internacionales de viaje; cifrar y descifrar mensajes sigilosos; estructurar y controlar una vasta red de agentes, aparatos e informantes. Además, supervisar operaciones clandestinas, incluyendo operaciones de inteligencia.

A partir de 1926, el OMS mantuvo tres escuelas, que admitían, luego de una criteriosa selección, militantes comunistas de todo el mundo: la Escuela Lenin, famoso centro de formación de líderes y dirigentes políticos, cuyo currículo incluía el estudio de filosofía, historia, economía, política y entrenamiento militar; una escuela de comunicaciones y una “escuela especial”, responsable por cursos de espionaje, terrorismo, técnicas de falsificación y sabotaje.

Así, los comunistas se transformaron en “técnicos de la revolución”. De acuerdo con el periodista William Waack, *ese club de revolucionarios profe-*

sionales, los hombres del Kominter, tenía poderes prácticamente irrestrictos de intervención en los diversos partidos comunistas [de todo el mundo] e instrucciones muy precisas sobre como llevar adelante las planeadas acciones revolucionarias". 12

En la década de 1920, la Tercera Internacional apoyó los partidos comunistas europeos en la implementación de sus respectivas organizaciones clandestinas. Esos partidos pasaron a contar con un segmento armado (militar), otro de inteligencia y aún con los llamados grupos "T" (terrorismo). Años más tarde, esa estructura, aliada a la experiencia adquirida en la militancia subversiva, permitiría a los comunistas europeos colocarse en la vanguardia en la militancia armada contra la ocupación nazi, durante la Segunda Guerra Mundial.

A lo largo de su existencia, de 1919 a 1943, cuando fue extinguido por determinación de Stalin, el Kominter fomentó y dirigió movimientos sediciosos en China, en Europa, especialmente en Alemania, y en América del Sur, además de desempeñar un importante papel en la Guerra Civil Española (1936- 1939). Invariablemente, el Kominter fracasó.

Las causas de ese resultado están relacionadas con el obtuso universalismo que advocaba un único modelo revolucionario, aplicable a todo y cualquier país, independientemente de sus peculiaridades históricas, culturales, políticas y económicas. En ese punto, el equívoco de la organización era tal, que la inducía a cometer el error decisivo de atribuir a los partidos comunistas locales un papel secundario en la planificación específica de cada revolución. Aun así, el Kominter fue capaz de contribuir para la sistematización y para la difusión global de los fundamentos y de la metodología de una forma bien peculiar de combate subterráneo. La guerra irregular adquirió con eso, nuevas perspectivas.

En el transcurso de la Segunda Guerra Mundial, Inglaterra y Estados Unidos crearon agencias con vocación para la guerra irregular, fomentando y patrocinando movimientos de resistencia en la Europa ocupada.

El primer ministro británico, Winston Churchil, determinó la creación de un órgano específico, que nació de la fusión de la sección de sabotajes de la agencia de inteligencia MI6, de uno de los departamentos de propaganda del Ministerio de las Relaciones Exteriores y del ramo de investigaciones del Ministerio de la Guerra. Ese organismo, cuyo primer jefe fue Gladwyn Jebb, recibió la denominación de Ejecutiva de Operaciones Especiales (Special Operations Executive – SOE). Inspirados por los buenos resultados obtenidos por sus aliados británicos en el combate subterráneo, los Estados Unidos crearon el Escritorio de Servicios Estratégicos (Office of Strategic Services - OSS). Juntas la SOE y la OSS reclutaron, entrenaron e infiltraron agentes en la Europa Ocupada. Sus tareas básicas consistían en organizar, instruir, coordinar y suplir grupos de resistencia, con énfasis en las prácticas de guerrilla, que podrían comprometer las comunicaciones enemigas y diversos otros recursos empeñados en el esfuerzo de guerra.

En el repertorio de misiones de los agentes que se lanzaban de paracaídas o se infiltraban por submarinos constaban asesinatos, sabotajes, secuestros y operaciones de información. SOE u OSS fueron responsables por el envío de toneladas de armas, munición, explosivos, comida, remedios, equipamientos de radio transmisión y toda suerte de provisiones para fuerzas irregulares en Europa y Asia.

Fue así posible, complementar, ampliar y apoyar operaciones militares convencionales por medio de acciones coordinadas en los dos espectros del conflicto. No se trató de un hecho totalmente inédito. Los ingleses ya habían apoyado la resistencia española contra la ocupación napoleónica, coordinando las operaciones del Duque Wellington con intensa actividad guerrillera local, así como patrocinaron la revuelta árabe durante la Primera Guerra Mundial. Por su parte, los alemanes no solo se comprometieron en suplir de armas y municiones al levante nacionalista de Dublín en Irlanda en 1916, como también, viabilizaron el retorno de Lenin a Rusia en 1917. De otro lado, la guerra de 1939 – 1945, se distinguió en ese aspecto, de los conflictos que la precedieron por el grado de especialización que tales prácticas alcanzaron.

Sin embargo, la Segunda Guerra Mundial fue, esencialmente, una confrontación de grandes fuerzas armadas llevado al extremo – el lamentable ápice de la guerra total de Clausewitz. No hay duda de que la participación de fuerzas irregulares, por más meritoria que haya sido, desempeñó un papel, apenas, secundario. No obstante, en el próximo conflicto mundial ya no sería así.

El mundo pos-guerra se vio dividido al medio, como dijo Churchill al parafrasear a Joseph Goebbels, por una “cortina de hierro” que cayó sobre Europa. El Ejército Rojo, había expandido el Imperio Soviético desde el mar de Okhotsk, en el extremo oriente, hasta el Río Elba, en Alemania. La destrucción causada por la guerra generó un ambiente bastante permeable a las ideas revolucionarias marxistas. Poco a poco, Estados Unidos e Inglaterra se convencieron de que solamente, habían cambiado un dictador por otro – Hitler por Stalin. Parecía que el curso de la historia, finalmente, impulsaría el comunismo y el capitalismo para su choque final.

Mientras tanto, la evolución tecnológica de los medios de apoyo de fuego, esto es, de los diferentes sistemas de armas, que culminó con el desarrollo de artefactos atómicos de destrucción en masa, generó un impase. Con mucha propiedad, Fuller comparó la Europa de la era nuclear a la llamada “tierra de nadie” de la primera Guerra Mundial – el dedazo de tierra, revuelto por granadas de artillería, que separaba dos trincheras enemigas y que representaba la muerte para quién se aventurara a atravesarlo. De un lado, las fuerzas de la organización del Atlántico Norte (OTAN), del otro, todo el poderío militar del Pacto de Varsovia.

A este respecto, Fuller afirma que “llegamos, de ese modo a un impase que ambos temen romper y que, con recelo de que el otro pueda hacerlo, lleva los dos antagonistas a multiplicar frenéticamente sus armas” (1966, p. 306). Fue así que ese impase condujo, naturalmente a la “Tercera Guerra Mundial”, es decir, a la vía indirecta del tercer mundo.

Liddell Hart, el emérito capitán inglés, en el prefacio de su libro *Estrategia*, aborda las cuestiones de la emergencia de la bomba atómica, de la corri-

da armamentista que de allí se originó y de sus consecuencias sobre la conducta de la guerra:

Estamos, cada vez más, en dependencia de “armas convencionales” para la “contención” de la amenaza. Esto, mientras tanto, no significa que debemos volver a los métodos convencionales; debe antes servir de incentivo al desarrollo de nuevos métodos.

Penetramos en una nueva era de estrategia que es bastante diferente de aquella de los defensores del poder atómico aéreo – los “revolucionarios de la era pasada. La estrategia que viene siendo actualmente desarrollada por nuestros oponentes [los soviéticos] es inspirada por la doble idea de evitar y anular el poderío aéreo de las armas de bombardeo, hemos auxiliado el progreso de esa nueva estrategia del tipo guerrilla. (Liddell, 1996, p.7)

Muchos teóricos admitían que la energía nuclear llevó el poder de destrucción a su ápice y que, a partir de aquel momento motivaría un retroceso, un retorno a las formas clásicas de guerra. Sin embargo, ese retroceso fue de hecho, mucho más allá de las tradicionales formas de combate. Durante el período de polarización político – ideológico de la Guerra Fría, la humanidad retornó a las formas primitivas de beligerancia. Asistimos al paradójico uso de estacas de bambú infectadas por heces humanas, en una era en que misiles balísticos intercontinentales podrían destruir el planeta. En su obra *La Guerra Irregular Moderna*, Von Der Heydt, citado por Visacro, concluye: “Como la guerra con armas nucleares es impensable, la humanidad transfirió sus conflictos armados, en el sentido literal de esas palabras, para cavernas y selvas”. (1972, p. 97)

El profesor alemán observó, que “la guerra irregular está progresivamente tomando el lugar de la guerra convencional de gran escala”. (Heydt, 1972, 36).

Así, el equilibrio de los arsenales termonucleares norteamericano y soviético, la amplia difusión de la teoría de la guerra revolucionaria marxista y la decadencia del imperio neocolonial europeo agitaron el tercer Mundo en un número sin fin de conflictos de baja intensidad. A pesar de la gran incidencia

de guerras convencionales localizadas, a partir de la segunda mitad del siglo XX, no hay dudas acerca del predominio de la guerra irregular. En 1980, otro general inglés, Richard Clutterbuck, autor de *Guerrilleros y terroristas*, afirmaba: “Las guerrillas y el terrorismo, rural o urbano, nacional o internacional, son, indudablemente, las formas más importantes de conflicto en nuestros días” (1980, p. 18). Y, correctamente, concluía que la guerra irregular continuaría siendo la forma de conflicto más común. (Clutterbuck, 1980)

Las guerrillas en América latina; guerras de independencia en el África; revoluciones en el Asia; luchas nacionalistas en Irlanda, en España o en el Medio Oriente; la radicalización del movimiento estudiantil, que sirvió de nacimiento para el euro-terrorismo, así mismo, cualquier otra forma de antagonismo eran, invariablemente, atraídos, en el contexto de la Guerra Fría, para uno de los extremos de la polarización político-ideológica de aquella época. Fue, entonces, evidente para las dos super-potencias, Estados Unidos y Unión Soviética, que apoyar o patrocinar fuerzas irregulares locales, más allá de no implicar el desprestigio frente a la opinión pública interna e internacional, eran bastante menos onerosos, menos peligroso y políticamente menos desgastante que asumir directamente, por medio de intervenciones militares, en las “guerras de los otros”.

Naturalmente, en ese escenario global de intensa actividad, la guerra irregular fue, paulatinamente, transformada y perfeccionada. La larga trayectoria del Ejército Republicano irlandés, la lucha nacionalista palestina y, sobre todo, el éxito y la exportación de las revoluciones de Mao, en la China en 1949 y de Castro en Cuba diez años después, contribuyeron en mucho para expandir la doctrina de la guerra irregular.

Sin embargo, cuando la Guerra Fría, aún caminaba hacia su finalización, importantes acontecimientos, en el Medio oriente, ya señalaban hacia una futura alteración del contexto ideológico y geopolítico. La Revolución Iraniana de 1979, que instituyó un Estado fundamentalista islámico, y la tenaz resistencia afgana contra la ocupación soviética, que fue incorrecta y exclusivamente evaluada desde la óptica simplista de la Guerra Fría, en realidad,

poseerían, ambas, implicaciones mucho más profundas y duraderas, particularmente, en el mundo musulmán.

Finalmente, después de casi medio siglo de Guerra Fría y para la completa perplejidad de muchos entre los años 1989 y 1991, el Imperio Soviético se desmontó. De aquel largo conflicto, en el cual se consagraron indudablemente vencedores, los Estados Unidos emergieron como potencia económica y militar hegemónica. Se dio inicio a un controvertido proceso de recomposición del orden mundial y de redefinición del poder global. En ese momento se dio la primera gran intervención militar norteamericana en el Oriente Medio.

En agosto de 1990, el dictador iraquí Saddam Husein determinó que sus fuerzas invadieran Kuwait, hiriendo la Doctrina Carter, según la cual “cualquier intento por parte de cualquier fuerza externa para controlar la región del Golfo Pérsico sería vista como una amenaza a los intereses vitales de los Estados Unidos de América y que sería repelida con todos los medios necesarios, incluyendo la fuerza de las armas”. (Shubert, 1988. p. 98)

Al obtener el respaldo de las naciones Unidas y en coherencia con su condición de potencia naval, los Estados Unidos lideraron una coalición internacional de casi cuarenta países, que expulsó los iraquianos del pequeño Kuwait y normalizó el abastecimiento mundial de petróleo, haciendo que el precio del barril retornara a niveles equivalentes a aquellos anteriores a la agresión iraquiana.

Las tropas de Saddam Hussein contaban con un liderazgo frágil, poca motivación y entrenamiento deficiente – todo aquello que más importaba a las fuerzas armadas. Aun así, poseían un considerable poder relativo de combate, gracias, sobre todo a la gran disponibilidad de material bélico, incluyendo artillería y carros de combate. Sin embargo, ante el poderío norteamericano, nada significaron. Saddam Hussein sufrió una derrota aplastante. Pero, es un engaño suponer que el fracaso iraquí de 1991, en la guerra aérea o en el desierto, fue debido, más a su propia inepticia que a la potencia militar de los Estados Unidos.

Observando ese conflicto, Bevin Alexander, concluyó que los Estados Unidos disponían de fuerzas armadas tan poderosas y eficientes que se volvieron, virtualmente, invencibles en un campo de batalla convencional y que, solamente, podrían ser vencidos por medio de la guerra irregular. Esa fue la síntesis de su libro que, sugestivamente, tituló, *El Futuro de la Guerra*. (Bevin, 1999)

Dos coroneles de la Fuerza Aérea de China llegaron a conclusiones bastante semejantes. Para Qiao Liang y Wang Xiangsui la “Tempestad del desierto” (nombre de la campaña de 1991), era un marco importante en la historia militar. Autores de un libro titulado *Unrestricted Wardafare*, presentaron su obra en el 8° aniversario de la Guerra del Golfo, el 17 de enero de 1999 y fue publicada por el propio Ejército popular de China. Según los dos oficiales:

[...] la guerra como nosotros la conocíamos, descrita en términos gloriosos y dominantes, hasta la conclusión del reciente conflicto, marcando un ápice en la Historia Militar, dejó de ser considerada uno de los más importantes eventos en el escenario mundial, y pasó a tener, la importancia de un actor secundario.

[...] La cuestión es que las fuerzas multinacionales lideradas por Estados Unidos, operando en la región desértica de Kuwait, marcaron el fin de un período, inaugurando así una nueva era.

Todo eso aún es indeterminado. La única conclusión cierta es la de que, a partir de ahora, la guerra no será más como siempre fue.

[...] la guerra, que se sometió a los cambios de la moderna tecnología y del sistema de mercado, será desencadenada de formas aún más atípicas. En otras palabras, mientras presenciamos una relativa reducción en la violencia militar, estamos dejando en evidencia, definitivamente, un aumento de la violencia política, económica y tecnológica. Liang, Q & Xiangsui, W., 1999, p.(s.p.)

A pesar de la victoria en Kuwait, los militares norteamericanos admitían que sus fuerzas armadas necesitaban sufrir reformulaciones. La Guerra del Golfo fue conducida según la doctrina de “batalla aire – tierra”, concebida para superar las fuerzas del Pacto de Varsovia, en el teatro de guerra europeo. Con esa hipótesis, las fuerzas norteamericanas dispondrían de unidades pre-

posicionadas, de la infraestructura de Europa Occidental: puertos, aeropuertos, depósitos, almacenes, hospitales, extensa red ferroviaria, bases militares, etc. La campaña de 1991 dejó en evidencia que, en el mundo pos-Guerra Fría, los Estados Unidos deberían estar aptos a desdoblar, con rapidez, tropas en cualquier parte del planeta, proyectando fuerza a partir de su propio territorio.

Lo fundamental del problema residía en el hecho de que el Ejército de los Estados Unidos poseía, básicamente, dos tipos de unidades:

- Las livianas, capaces de desplegarse con la rapidez deseada, sin embargo, dotadas de un poder relativo de combate, tal, que las impedía de conducir operaciones independientes.
- Las pesadas, cuyo gran poder relativo de combate les aseguraba la capacidad de operar de forma aislada.

Sin embargo, partiendo de América del Norte, consumían tiempo excesivo para estar listas en una lejana zona de guerra. Era necesario, por lo tanto, organizar unidades de fuerzas combinadas “medias” –rápidas lo bastante para atender cualquier contingencia y suficientemente fuertes como para enfrentar solas cualquier tipo de enemigo. A partir de entonces, se inician los estudios con el objetivo de implementar esa nueva estructura operacional. Aunque, una serie de acontecimientos, transcurridos en un espacio de tiempos relativamente cortos y aparentemente aislados, sugería que algo estaba cambiando en el modo según el cual los “enemigos de América” luchaban.

El día 21 de diciembre de 1988, el Boeing 747 de Pan Am que realizaba el vuelo 103, de Londres a Detroit, con escala en Nueva York, explotó sobre la localidad escocesa de Lockerbie, matando todas las 295 personas a bordo, la mayoría norteamericanos y victimizando aún, a 11 civiles en tierra. Las investigaciones concluyeron que se trataba de un atentado terrorista y apuntaron la participación de Libia. Un sospechoso relacionado con el servicio de inteligencia de Gaddafi, Abdel Baret al-Megrahi, fue preso y condenado. A pesar de continuar negando su complicidad con los hechos, el gobierno libio consintió en pagar indemnización a las familias de las víctimas.

En un viernes, 26 de febrero de 1993, quinientos kilos de explosivo case-ro, colocados en una furgoneta, estacionada en uno de los garajes del World Trade Center, en Nueva York, explotaron, hiriendo casi cien personas y matando a otras seis. El atentado fue adjudicado a Ramsi Yousef, militante islamita que recibió entrenamiento militar en uno de los campos de la red Al Qaeda en Afganistán. El terrorismo internacional, finalmente había alcanzado suelo norteamericano.

El día 3 de octubre del mismo año, en la capital de Somalia, Mogadiscio, guerrilleros urbanos de un clan tribal, conocido como Habr Gidr, que se oponían por motivos políticos, a la ayuda humanitaria ofrecida por las Naciones Unidas a las víctimas del hambre en el país (Unosom), infringieron un duro revés a una fuerza – tarea de operaciones especiales norteamericana, empeñada en capturar al líder miliciano Mohamed Farrah Aidid. Las imágenes difundidas por los medios de comunicación, en todo el mundo, de cuerpos de militares norteamericanos mutilados, arrastrados por las calles de la ciudad y cercados por una multitud furiosa de civiles, llevaron a la administración Clinton a retirar sus tropas del paupérrimo país africano y a la renuncia del Secretario de Defensa. El periodista Merk Bowden afirmó, con mucha propiedad:

que el episodio “cerró un corto período estimulante de inocencia Pos-Guerra Fría, una época en que los Estados Unidos y sus aliados creían que podían barrer del planeta dictadores corruptos y violencia tribal con la misma facilidad y relativa ausencia de derramamiento de sangre con que Saddam Hussein fue barrido de Kuwait. (Bowden, 2001, p. 406).

A pesar de la excelencia de la fuerte tarea empeñada en capturar Aidid, la operación Restore Hope terminó en un fiasco político.

El 25 de 1996, un camión cargado de explosivos atacó el alojamiento de la 4404ª Escuadrilla de Socorro Aéreo de Estados Unidos, instalado en las torres Khobar, en Dhaaran, en Arabia Saudita. Diecinueve soldados murieron y casi cuatrocientas personas quedaron heridas. El día 12 de octubre del mismo año, Osama Bin Laden tuvo la osadía de proclamar una *jihad* contra los Estados Unidos. Lo que para muchos no pasaba del devaneo de un luná-

tico, se trataba en realidad, de una declaración formal de guerra. En 1998, las embajadas norteamericanas en Kenia y Tanzania fueron blancos de atentados con bombas, que dejaron un saldo de 301 muertos. Nuevamente, la acción fue atribuida a la organización de Bin Laden.

El 12 de octubre del año 2000, el *Destroyer USS Cole*, atracado en el golfo de Aden, en Yemen, fue blanco de un atentado que provocó una enorme incisión en el casco de la nave. Diecisiete marineros murieron y treinta y nueve resultaron heridos- bajas que difícilmente cualquier otra escuadra del mundo conseguiría infringir a la marina norteamericana.

En retrospectiva, todos esos acontecimientos pueden ser vistos como indicios de una nueva amenaza que se delineaba. Sin embargo, nadie podría imaginar la dimensión que tomaría o cuan vulnerables a ella serían los Estados Unidos. Fue entonces, cuando el mundo asistió incrédulo a los atentados terroristas del 11 de septiembre de 2001.

En aquella mañana, dos aeronaves comerciales, un Boeing 767 de la American Airlines y un Boeing 757 de la United Airlines, que realizaban vuelos domésticos, fueron secuestrados por terroristas musulmanes y utilizadas como “misiles” en un ataque suicida a las torres gemelas del World Trade Center. Momentos después de las dos colisiones, ambas torres se derrumbaron. 2.838 personas murieron. Simultáneamente, en Washington, otro avión, un Boeing 737 de la American Airlines, acertaba el edificio del Pentágono, centro de operaciones del Departamento de Defensa Americano, con resultado de 189 víctimas fatales. En Pensilvania, una cuarta aeronave secuestrada, otro Boeing 757 de la United Airlines, cayó sin acertar su blanco, probablemente la Casa Blanca o el Capitolio. Murieron las 44 personas que se encontraban a bordo.

Para obtener un parámetro, o al menos, una simple referencia, con la cual evaluar las dimensiones de los atentados del día 11 de septiembre, basta compararlos al ataque japonés a la base aeronaval de Pearl Harbor en Hawái durante la Segunda Guerra Mundial. Muchos críticos consideran esa comparación inadecuada, acusándola de tener un cuño maniqueista. Sin embargo,

no encontramos elementos que nos permitan creer que tal comparación sea impropia. El hecho es que, ella, nos permite confrontar un ataque convencional con un ataque irregular

La agresión perpetrada el domingo 7 de diciembre de 1941, por no haber sido precedida de una declaración formal de guerra, fue considerada un acto “infame”, que provocó fuerte conmoción popular. Al día siguiente a la incursión japonesa, “los periódicos de todo el país publicaron los detalles del devastador ataque japonés. Luego después del mediodía, se realizó una sesión conjunta en el Capitolio de Washington. Las galerías, colmadas de público, aguardaban con ansiedad el resultado de la reunión [...] docenas de miles de hombre solicitaron voluntariamente su incorporación a las filas de las Fuerzas Armadas”. (Codex, 1966, p. 213)

La movilización de la opinión pública norteamericana, dio al presidente Roosevelt el pretexto, que tanto esperaba, para entrar en la guerra contra el Eje. (Alemania, Japón e Italia)

El ataque japonés fue dirigido contra un blanco militar legítimo – la escuadra norteamericana del Océano Pacífico. A pesar de la gran victoria, el éxito no fue completo, pues buena parte de la flota americana no estaba en la isla, incluyendo los acorazados más importantes, es decir, sus tres portaaviones. En cambio, los atentados del 11 de septiembre fueron perpetrados contra blancos psicológicos. El World Trade Center simbolizaba tanto el vigor del capital americano globalizado, cuanto el poder económico. Por su parte, el Pentágono poseía un apelo psicológico mucho mayor de lo que un mero objetivo militar que se busca acertar al tercer un cuartel general. El tercer blanco terrorista no fue alcanzado.

En Pearl Harbor, las bajas del personal militar de los Estados Unidos fueron 3.303 muertos y 1.272 heridos. Los atentados del 11 de septiembre mataron 3.071 personas, la mayor parte de ellas constituidas por civiles inocentes, deliberadamente transformados en blancos.

Para llevar a cabo su osado ataque, los japoneses fueron obligados a navegar 5.6 mil kilómetros sin ser detectados, con una escuadra compuesta por 31

unidades de guerra, incluyendo seis porta-aviones, dos acorazados y tres cruceros. El complejo aeronaval de los Estados Unidos fue atacado por 354 aeronaves, siendo 183 empleadas luego en el primer ataque. Los medios utilizados por los terroristas el 11 de septiembre fueron apenas cuatro aeronaves comerciales norteamericanas secuestradas por unos pocos militantes fundamentalistas, 19 en total. Si, en 1941, la porción de territorio norteamericano que fue blanco de la incursión enemiga fue un archipiélago en el océano pacífico, casi seis décadas después, en 2001, el ataque fue perpetrado directamente contra las ciudades de Washington y Nueva York.

Como en todo acto terrorista, la difusión por los medios de comunicación, fue esencial para el éxito alcanzado por los militantes de Al Qaeda. La naturaleza de los blancos, la perfecta coordinación y sincronización de los ataques aseguraron que las imágenes de los atentados fueran transmitidas en tiempo real y repetidas, incesantemente, para todo el mundo.

Indudablemente, los atentados del 11 de septiembre alcanzaron una magnitud similar a la que determinó la entrada de los Estados Unidos, como fuerza beligerante, a la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, al contrario del conflicto de 1939 – 1945, cuando la amenaza externa, representada por los países del Eje, era perfecta e incontestablemente reconocida, el enemigo que emergía de los escombros de las torres gemelas era, no solo para la opinión pública interna, mas también para, la opinión pública internacional, abstracto y difuso. Luego mostraría que era capaz de explotar, hábilmente, ese hecho su favor. Muchos cometieron la equivocación de considerar a los perpetradores del atentado del 11 de septiembre, apenas unos fanáticos suicidas. Siendo así, la respuesta norteamericana, cualquiera que fuera, estaba predestinada a ser controvertida.

Mismo que no supiera exactamente qué hacer, era imprescindible para Washington, presentar una reacción inmediata en el campo militar. La ausencia de una rápida respuesta armada sería vista por los “enemigos de América” como una demostración de fragilidad y vulnerabilidad, aún mayores. Si los Estados Unidos supieran cómo capturar a Osama Bin Laden, ya lo habrían hecho antes de los atentados. Lo que si conocían, eran los estrechos

vínculos existentes entre la organización del terrorista saudita y el régimen afgano del Talibán y éste fue, entonces, el primer blanco de las fuerzas norteamericanas, en octubre de aquel mismo año.

La Casa Blanca declaró formalmente una “Guerra Global contra el terror”. Sin embargo, el terrorismo no es otra cosa que una modalidad de guerra irregular, apenas un recurso operacional. Entonces, ¿quiénes eran los verdaderos enemigos?, ¿Cuáles sus motivaciones?, ¿Cuáles sus objetivos políticos y militares? ¿En suma, cual guerra estaba siendo, de hecho, trabada?

Una respuesta ya había sido dada, cinco años antes de los atentados de 11 de septiembre. En 1996, fue publicada la polémica obra *El Choque de Civilizaciones y la Recomposiciones del Orden Mundial*, cuyo autor, un renombrado científico norteamericano, Samuel Philips Huntington, presentó una teoría, considerada “inconveniente” por muchos de la Estados protagonistas de la política internacional. El libro fue comentado, debatido, generó controversia y claro, tergiversaciones. El *Choque de Civilizaciones* atrajo, en todo el mundo, pujantes críticas de sus detractores y la discreta aquiescencia de quienes encontraban plausibles los argumentos del autor. De cualquier manera, el 11 de septiembre provocó una nueva ronda de discusiones sobre la teoría de Huntington, quien afirmaba que:

Si los musulmanes alegan que Occidente hace la guerra contra el Islam y si los occidentales alegan que grupos islámicos hacen la guerra contra Occidente, parece razonable concluir que algo muy parecido a una guerra está en marcha.

[...] Del punto de vista miliar, ha sido sobre todo una guerra de terrorismo versus poder aéreo. Dedicados militantes fundamentalistas islámicos se aprovechan de las sociedades abiertas de occidente y colocan carros-bomba en blancos seleccionados. Los profesionales militares occidentales se aprovechan de los cielos abiertos del Islam y lanzan bombas inteligentes sobre blancos seleccionados. Los participantes fundamentalistas islámicos planean el asesinato de occidentales prominentes; los Estados Unidos planean derrocar los regímenes fundamentalistas islámicos extremistas.

[...] El problema subyacente para el Occidente nos es el fundamentalismo islámico. Es el Islam, una civilización diferente, cuyas personas están convencidas

de la superioridad de su cultura y son obsesionadas con la inferioridad de su poderío. El problema para el Islam no es la CIA o el Departamento de Defensa de los Estados Unidos. Es el occidente, una civilización diferente cuyas personas están convencidas de la universalidad de su cultura y creen que su poderío superior, mismo que en declino, les impone la obligación de extender su cultura por todo el mundo. Esos son los ingredientes básicos que alimentan el conflicto entre el Islam y el Occidente. (Huntington, 1998, p. 272 -273)

Con o sin las ideas de Huntington, el Oriente Medio era el epicentro del terrorismo islamita internacional y la presencia, desde el final de la Primera Guerra Mundial, de las potencias occidentales, con su gran poder de injerencia sobre la región, su principal motivación.

La necesidad norteamericana de asegurar el acceso a materias primas esenciales, especialmente, el petróleo, no permitía a los Estados Unidos, simplemente, renunciar a su presencia en el Medio Oriente. Pero, era claro que el frágil equilibrio político, que ellos mismos ayudaban a mantener, no era suficiente para garantizar la consecución de los objetivos de su pragmática política externa, salvaguardar sus intereses económicos, garantizar el abastecimiento de petróleo, preservar la estabilidad regional y aún, erradicar la amenaza terrorista. Era necesario, por lo tanto, revisar la política para el oriente Medio como un todo y reconstruir el equilibrio del poder regional.

La mayoría de los Estados árabes era alineada con Washington. Pero, esas alianzas carecían de solidez, en virtud del fuerte sentimiento popular antiamericano y de la creciente oposición fundamentalista interna que cada gobierno local enfrentaba. El único aliado incondicional de Estados Unidos, era Israel, lo cual generaba aún más resentimiento en el mundo islámico. Irán y Siria, eran los grandes antagonistas y la dictadura secular de la minoría sunita iraquí, que podría haber sido derrocada en 1991, fue preservada, justamente, para servir de “contrapeso” a la República islámica Chiíta del vecino Irán.

La ocupación militar de Afganistán y la derrocada del régimen Talibán fortalecieron la posición norteamericana en el flanco oriental iraní. Un Estado aliado en Irak permitiría hacer lo mismo sobre el flanco occidental, además de aislar geográficamente el Irán de Siria. Por lo tanto, muy al contrario

de lo que fue insistentemente difundido, en la época del inicio de las operaciones anglo-americanas en 2003, las razones del segundo ataque contra la dictadura de Saddam Hussein y del partido Batah, estaban mucho menos asociadas al petróleo que a la Guerra del Golfo de 1991. La cuestión se volvió más política que económica. Se trataba de imponer una redefinición de los papeles asignados a cada Estado y buscar un equilibrio intra-regional que permitiera una mejor convergencia hacia los objetivos norteamericanos, reduciendo los antagonismos hacia Washington. Todo eso significaba deponer algunos regímenes y fragilizar o aislar otros. Obviamente, tratándose se Oriente Medio, los resultados eran inciertos.

Para iniciar la próxima campaña, los Estados Unidos trabaron y perdieron dos importantes batallas preliminares. La primera de ellas, en el campo diplomático, en donde la inesperada oposición franco-germánica impidió que Washington captara el apoyo internacional, negándole el respaldo de las naciones Unidas. La segunda gran derrota norteamericana se dio frente a la opinión pública internacional, que se mostró obsesionada por la idea de una nueva guerra imperialista.

A pesar de la objeción internacional, en la madrugada del día 19 de marzo de 2003, fuerzas norteamericanas y sus tradicionales y eficientes aliados, los ingleses, irrumpieron en las fronteras de Irak. Las tropas de Saddam Hussein, a despecho de la sensible reducción de su poder relativo de combate, sufrida desde la guerra de 1991, se demostraron un enemigo mucho más resuelto, determinado y creativo, lo cual, transformó el plano de campaña norteamericano, un blanco para las críticas, especialmente por la relativamente pequeña asignación de medios.

Durante el transcurso de las tres semanas que separaron el inicio de la ofensiva militar de la conquista de Bagdad, el 9 de abril, las fuerzas de los Estados Unidos, se involucraron en combates más intensos y contra un oponente más capaz que el enfrentado en la liberación de Kuwait, durante la operación “Tempestad del Desierto”. Por su lado, las fuerzas norteamericanas, también, presentaron un performance superior, asegurando con notable eficiencia, el éxito de la campaña regular.

La victoria ya había sido oficialmente proclamada, cuando, para sorpresa de Washington, las cosas comenzaron a dar errado. La caída de Bagdad liberó fuerzas que hasta entonces, habían sido contenidas por la violencia del régimen de Saddam Hussein. Motivó la oposición armada de la minoría sunita, que se había acomodado al poder, a lo largo de décadas en un país de mayoría Chiíta. Y aún, fortaleció la causa de extremistas islámicos y *Jihadistas* internacionales que comulgaban bajo el ideal de derrotar a los invasores “judaico-cruzados”. Así, antes que los Estados Unidos, pudieran volverse contra Siria, probablemente su próximo blanco, Irak se sumergió en el caos.

La victoria militar norteamericana en la operación *Irak Freedom*, se convirtió en terrorismo y guerrilla urbana con el requinte de grandes combates, como los ocurridos en Fallujah y Samarra. Emboscadas a convoyes militares; ataques con morteros y cohetes a las áreas de estacionamiento de las tropas de coalición; sabotajes a la infraestructura de transporte de petróleo; atentados con bombas; secuestros y ejecuciones de civiles; decapitaciones transmitidas por la internet; Ajusticiamientos de autoridades del nuevo gobierno y de miembros de las fuerzas de seguridad locales prolongaron la agonía del castigado Irak.

La insurgencia sunita, la resistencia iraquí y el *jihadismo* internacional se confundieron en la rutina de sangre de la población. El ciclo creciente de violencia degeneró en guerra civil. Hasta diciembre de 2006, habían muerto 2.878 militares norteamericanos, desde el cierre de la ofensiva militar terrestre y el inicio de la ocupación del país. El número contrasta con los 122 soldados muertos durante la campaña convencional. Hasta la misma fecha, los heridos norteamericanos llegaban a 20 mil. Entre los iraquíes, las víctimas eran más. Desde el inicio de la invasión hasta febrero de 2007, habían muerto 645.965 iraquíes. 137.000 fueron víctimas de ataques aéreos. 373.000 murieron por armas de fuego. 54.000 perecieron en virtud de las precarias condiciones sanitarias y 91.700 perdieron sus vidas en atentados suicidas. Solamente en el 2006, murieron 16.273 iraquíes, víctimas de la violencia sectaria.

Comenzó una nueva guerra. Los Estados Unidos, que por décadas habían evitado deliberadamente hacer parte de otro conflicto irregular como el de

Vietnam, estaban de nuevo en un impase estratégico. ¿Qué había dado errado?

La urgencia iraquí no parecía constituirse, como de costumbre, en apenas dos facciones antagónicas, que, por divergencias políticas, étnicas o ideológicas, luchaban por el poder o por la reformulación del Estado. Presentaba, en realidad, un mosaico conflictivo de intereses que reunía actores (estatales y no estatales) dispuestos a recurrir a la violencia armada. Innumerables tribus, partidos y milicias chiítas, sunitas y curdas luchaban simultáneamente, entre sí y contra las fuerzas de ocupación extranjeras. Además, diversas células Jihadistas internacionales, incluyendo el grupo Tawhid wal-Jihad del jordano Abu Musab al-Zarqawi (embrión de Al Qaeda en Irak y, posteriormente, del Estado Islámico), se dirigieron para la antigua Mesopotamia, esperando convertirla en el campo de batalla en donde se daría la lucha final contra los “infieles”. Remanecientes del partido Ba’ath, destituidos del poder, intentaban restaurar parte de sus prerrogativas, mientras agentes de Teherán infiltrados junto a la comunidad Chiíta, articulaban con éxito, buscando expandir la influencia de la teocracia de Irán sobre el recién fundado gobierno de Irak. Terroristas, contrabandistas e insurgentes arrastraron el país hacia la guerra civil.

Washington, que no había contado con el curso imprevisto y desfavorable que había tomado la ocupación de Irak, era incapaz de adoptar una estrategia consistente, capaz de contener la violencia, erradicar la insurgencia y pacificar el país. Especialmente porque, tal estrategia debería involucrar objetivos de largo plazo, demandando el tiempo y los costos que la voluble opinión pública americana jamás concedería. Si la Casa Blanca y el Pentágono estaban determinados a vencer en Irak y disponían de medios humanos y materiales para tanto, eran incapaces de hacer factible uno de los “cinco factores constantes de la guerra”, según Sun Tsu: la Ley Moral – aquella capaz de hacer que “el pueblo esté completamente de acuerdo con su gobernante” – y sus enemigos sabían explotar muy bien esa vulnerabilidad. Aunque el Ejército de los Estados Unidos dio inicio a una exitosa campaña de contrainsurgencia a partir de 2007, los soldados norteamericanos se resentían de la ausencia

de una política coherente, capaz de permitir que sus victorias tácticas de corto plazo se convirtieran en logros estratégicos de largo plazo.

Al mismo tiempo, los norteamericanos constataban que la derrota del régimen Talibán, en Afganistán, tampoco fuera suficiente, ni para acabar con la larga tradición de violencia, ni para estabilizar el país. Había recommenzado con vigor la lucha contra los grupos irregulares en Asia Central. De hecho, al derrocar los gobiernos despóticos anti-chiítas, en Irak y Afganistán, Washington, sin advertirlo, permitía que el antiguo Imperio Persa, es decir, Irán, restableciera su histórica área de influencia. Por eso, las explosiones en Bagdad eran, de gran aliento para Teherán y sus Ayatolás.

El nuevo gobierno “democrático” iraquí, fuertemente influenciado por Irán, consolidó el poder de la mayoría Chiíta. Pero lo hizo por medio de la segregación y persecución de la parcela sunita de la población. Fue ese sectarismo religioso que permitió la ascensión del grupo sunita, ultra radical, denominado, Estado islámico.

Cuando, la ola de revueltas que hacían parte de la Primavera Árabe golpeó Damasco, degeneró en guerra civil. En este momento, el Estado Islámico, expandió sus acciones hacia el interior de Siria. Teniendo como meta política la restauración del antiguo Califato Abasida, la organización de Abu Bark al-Bagdadi, heredero del legado de sangre de Abu Musab al-Zarqawi, adoptó una estrategia de “reconquista” territorial apoyada en la hábil combinación de guerra de maniobra, terrorismo y propaganda. Sus tácticas de guerra irregular contemplaban el combate híbrido, con énfasis, en las dimensiones humana e informacional.

Por fin, las campañas en Irak y en Afganistán, además de todas las acciones emprendidas por Washington en nombre de “la guerra global contra el terror”, arrastraron los profesionales militares americanos hacia el mismo tipo de guerra que los grupos insurgentes chechenos movieron contra Rusia desde 1994; el mismo tipo de guerra trabada entre judíos y palestinos a lo largo de décadas; o, también, al mismo tipo de guerra que afectaba Colombia desde mediados del siglo XX; o al mismo tipo de guerra que se había perpetuado al

sur del desierto del Sahara y que mutiló las esperanzas de los pueblos del África negra.

En diciembre de 2008, el Departamento de Defensa de los Estados Unidos, finalmente, reconoció, por medio de la Directriz 3000.07, que la guerra irregular es estratégicamente tan importante cuanto las tradicionales formas de beligerancia. Los hechos confirman las afirmaciones de Richard Clutterbuck e de Bevin Alexander – el combate irregular se tornó, de hecho, la “guerra del futuro”. Hasta los más escépticos discípulos de Clausewitz y Alfred Thayer Mahan, se convencieron de que las “pequeñas guerras” y los conflictos irregulares, en el siglo XXI, serían la regla y no la excepción.

Las fuerzas irregulares

En general, las fuerzas irregulares constituyen el brazo armado de organizaciones militantes que tienen objetivos políticos más elevados y poseen un espectro de actuación más amplio que el ofrecido por los estrechos límites del campo militar. Aunque tengamos que admitir que parte importante de esas organizaciones surgió con el propósito explícito de conducir operaciones de guerra irregular y que muchas de ellas, hacen de la lucha armada su principal instrumento de acción, sería una gran equivocación reducir las metas y el diversificado repertorio de actividades de organizaciones como la *Fatah*, *Hamas*, *Hezbollah* o FARC, por ejemplo, a los ataques irregulares por los cuales fueron o son, directa o indirectamente, responsables. De cualquier manera, la distinción entre los segmentos de lucha armada y el comando político que los encuadra es casi siempre imperceptible y, muchas veces, de hecho, no ocurre.

Obviamente, no hay un patrón organizacional rígido que defina la estructura, la composición y la articulación de las fuerzas irregulares. Lo que existe es un conjunto de misiones, atribuciones y funciones esenciales que son ejecutadas. Entre ellas se destacan:

- Asegurar el apoyo de la población.
- Obtener provisiones.
- Proporcionar seguridad a su vulnerable estructura clandestina.

- Producir inteligencia de calidad.
- Ampliar continuamente su capacidad militar.
- Desgastar política y militarmente al enemigo.
- Sobrevivir.
- Expandirse.

“Cómo”, “cuando” y “por quién”, serán ejecutadas las tareas vitales son variables determinadas según una serie de condicionantes. Por ello, cada fuerza irregular tiende a desarrollar una dinámica propia, adecuada tanto a su realidad militar, cuanto al ambiente político-social dentro del cual está inmersa. Flexibilidad y adaptabilidad deben ser sus características más importantes. Friedrich Von Heydte, resumió la constitución de las fuerzas irregulares en tres segmentos, a saber:

- grupos de acciones armadas.
- simpatizantes activos.
- simpatizantes pasivos.

Sin embargo, son innúmeros los modelos de estructuras organizacionales adoptados que, aún hoy, existentes en el mundo. De la misma manera, permanecen ilimitadas las combinaciones posibles al establecer la composición de los medios en el ámbito de las organizaciones de lucha armada.

En términos generales, las mayores vulnerabilidades de las fuerzas irregulares residen en su dependencia vital del apoyo de la población, en su sistema logístico y en su enorme demanda por seguridad orgánica. En el transcurso de las operaciones de contra-insurgencia, tales aspectos deben merecer atención específica, pues, naturalmente, se pueden volver los flancos expuestos de guerrilleros y terroristas. Aun así, debe reconocer la capacidad de recuperación o regeneración de las fuerzas irregulares decurrente, especialmente, del ambiente político-social favorable y a la ineptitud de algunas unidades convencionales encargadas de la contrainsurgencia.

En tesis, las fuerzas irregulares se someten a un proceso continuo de desarrollo, asociado al grado de deterioro del cuadro político-militar local. La creciente expansión de su estructura permite ampliar su capacidad operacio-

nal, agregando nuevos recursos a las prácticas y métodos hasta entonces utilizados. Von Der Heydte formuló el siguiente esquema sobre la evolución de la guerra irregular moderna:

Tabla 6: Fases de la guerra irregular según Friedrich August Von Der Heydte.

FASE	ACCIONES	OBSERVACIÓN
Preparación	Conspiración política. Subversión. Entrenamiento de los cuadros. Obtención y almacenamiento de provisiones.	Ausencia de acciones armadas.
Combate subterráneo	Empleo de la violencia sin caracterizar acciones de combate. Empleo de la “<i>propaganda armada</i>”. Realización de incursiones armadas, emboscadas, asesinatos, secuestros, actos de terrorismo y sabotaje.	NO caracteriza formalmente un conflicto militar, pues por los menos para una de las partes es conveniente negar la existencia de beligerancia. Empleo de pequeños grupos o células. Los grupos irregulares tienen la iniciativa. La mayor parte de la población, aún es neutra al conflicto.
Transición para el combate abierto	Ampliación de las formaciones irregulares con la creación de unidades y grandes unidades de guerrilla.	No significa el fin del combate subterráneo. Las fuerzas irregulares pasan a contar con la

	Adquisición de la capacidad de realizar ataques sucesivos contra posiciones enemigas. Realización de combates de más envergadura, sin ofrecer a las fuerzas convencionales batallas decisivas.	simpatía popular, ejerciendo el control directo sobre partes de la población. Ocurrencia de áreas liberadas.
Combate abierto	Combates convencionales de gran envergadura, con la realización de batallas decisivas.	Caracteriza el conflicto armado NO internacional.

Fuente: Adaptado de Heydte, Friedrich August, Freiherr Von Der, “La Guerra Irregular Moderna”. Biblex (1990).

En sus estadios iniciales de organización, las fuerzas irregulares, en especial los grupos de guerrilla, normalmente necesitan de reductos que les proporcionen relativa seguridad, pues, aún presentan poder relativo de combate incipiente. Centros urbanos superpoblados, (sobre todo, sus periferias sin asistencia del Estado) y áreas remotas de selva o montaña han servido, tradicionalmente, para esos fines. Yan'an en la China, el Viet Bac en el sudeste asiático, las bellas montañas de Kenia, Sierra maestra en Cuba, las montañas Cabilia en Argel, los barrios católicos de Belfast y Londonderry en Irlanda del Norte, las laderas inclinadas del magnífico Hindu Kush en Afganistán, son algunos de los innumerables ejemplos de áreas en las cuales fueron instalados refugios activos – posteriormente, convertidos en “santuarios” por los guerrilleros.

Superada la fase preparatoria y los estadios del combate subterráneo, el proselitismo radical adquiere amplio poder de penetración, alcanzando una parcela cada vez más amplia de la población civil. En ese momento, se vuelve más intensa la combinación de técnicas constructivas y destructivas, así como los combates con los órganos de seguridad del Estado. La sobrevivencia de las fuerzas irregulares deja de depender solamente de su seguridad orgánica, de la diseminación de la violencia y de los éxitos tácticos en peque-

ños combates, subordinándose, también, a la habilidad política de la organización militante.

Tabla 7: Técnicas destructivas y constructivas para la toma del poder.

TÉCNICAS DESTRUCTIVAS	TÉCNICAS CONSTRUCTIVAS
Subversión, terrorismo, sabotaje y guerra de guerrillas orientados hacia los siguientes propósitos: Desagregar el orden establecido; Desmoralización de todos los medios políticos y militares del adversario; Propaganda direccionada a la opinión pública externa; Intimidación (individual y colectiva); Eliminación física de los irreductibles.	Acciones políticas y psicológicas orientadas hacia los siguientes objetivos: Reclutamiento, selección y formación de recursos humanos; Ampliación de cuadros; Difusión ideológica e impregnación psicológica. Encuadramiento de las masas; Edificación progresiva de jerarquías paralelas; Control de la población y; Administración de las aéreas liberadas.

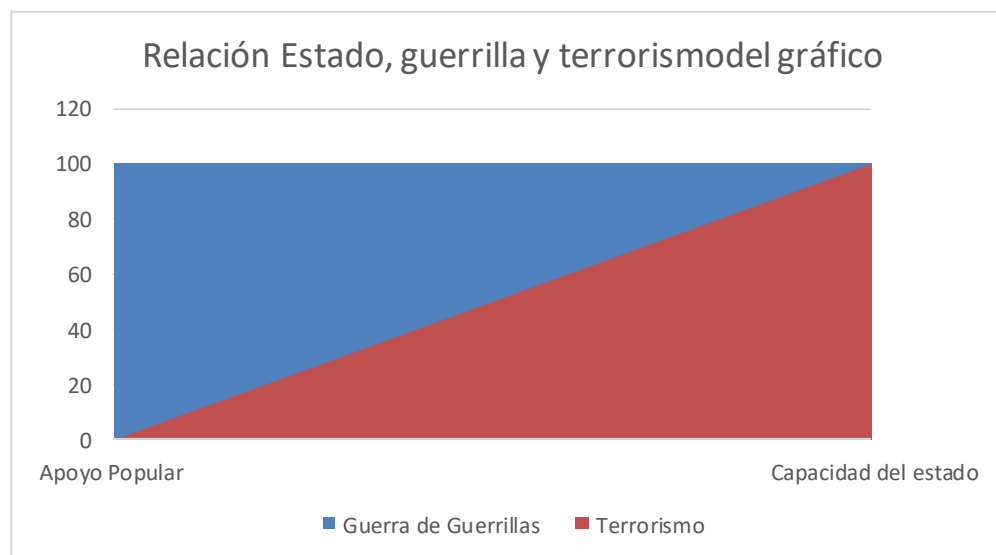
Fuente: Adaptado de Oliveira, Hermes Araújo, “Guerra revolucionaria”. Biblex (1965).

Grupos irregulares que se dedican exclusivamente a las prácticas destructivas, como lo hicieron las extintas Brigadas Rojas de Italia, o la Facción del Ejército Rojo de Alemania, por ejemplo, decaen con el pasar del tiempo, absorbidos por la vulgarización de la violencia de la cual son responsables. En contrapartida, organizaciones militantes, como *Hamas* o el *Hezbollah* – que se muestran capaces de combinar, con notable habilidad, ambas técnicas, - alcanzan eficiencia, gozan de más longevidad y adquieren relevancia por sus significativas conquistas.

Mientras que las fuerzas irregulares dispongan de una base de apoyo popular incipiente y el Estado mantenga elevada su capacidad represiva, habrá un predominio de prácticas terroristas. Sin embargo, en la medida en que la

adhesión popular al proselitismo de la organización de lucha armada se vuelve más robusta y la capacidad de represión de las agencias de seguridad del Estado decae, se observa un incremento natural de las acciones de guerrilla, conforme ilustra el gráfico 1 abajo:

Gráfico 1. Relación entre acciones terroristas y la guerra de guerrillas.



Fuente: Elaboración propia.

Un modelo didáctico, que se muestra bastante útil para la comprensión de la dinámica que rige el combate irregular, divide las fuerzas irregulares en tres segmentos distintos:

1. Redes de apoyo (o fuerza de sustentación):

La estructuración de una red clandestina de apoyos locales es imprescindible para la sobrevivencia y la expansión de las fuerzas irregulares. Congregando cuadros profesionales, simpatizantes activos y pasivos, con niveles distintos de compromiso y motivación ideológica, esa red desempeña el papel de nexo entre los grupos de acción armada y la población civil. Dentro de su vasto repertorio de misiones, se destacan las siguientes tareas:

- Proveer soporte logístico a los grupos armados, incluyendo reclutamiento de nuevos militantes; obtención, almacenamiento y distribución de provisiones; adquisición de recursos financieros; apoyo médico - sanitario; cesión de transporte, locales para ocultarse, etc.
- Disponer de informantes que proporcionen seguridad y alerta oportuna, manteniendo las fuerzas enemigas bajo constante observación.
- Contribuir con los esfuerzos de colecta y búsqueda de datos, especialmente, sobre las actividades, vulnerabilidades e intenciones del enemigo.
- Disponibilidad de procesos alternativos de comunicaciones que auxilien el pleno funcionamiento del sistema de comando y control de las fuerzas irregulares.
- Realizar acciones de acción y propaganda (subversión, sabotaje, y, eventualmente, propaganda armada).
- Falsificar documentos oficiales, con el fin de apoyar los militantes que vivían en la clandestinidad, la libre movilidad de células subterráneas, la práctica del contrabando y otros ilícitos.
- Ofrecer guías locales.
- Auxiliar en los trabajos de organización del terreno, como preparación de armadillas y lanzamiento de minas, por ejemplo.
- Proporcionar vigilancia sobre los habitantes locales y auxiliar en el control de la población.
- Proporcionar seguridad territorial local en las áreas liberadas, cuando estas existen, etc.

Los grupos de guerrilla están condenados a partir del momento del momento en que se ven privados del soporte proveniente de esas redes de apoyo o son aislados de la población civil. Fue de esa forma que la columna comandada por el Che Guevara, marchó sin esperanzas por las selvas de América del Sur, hasta ser finalmente derrotada por el Ejército Boliviano.

2. Células Terroristas (o fuerza subterránea):

Siendo auto-suficientes y difíciles de ser identificadas, células terroristas necesitan de muy poco para subsistir y operar. Con el mínimo de logística, disponiendo de blancos cuya importancia y valor sean compatibles con los daños esperados y garantizando el acceso a los medios de comunicación y a la opinión pública, con el fin de potencializar los efectos de sus acciones, esos pequeños grupos se vuelven extremadamente eficaces, con un costo operacional muy bajo, si comparado con los resultados que pueden alcanzar – diecinueve militantes de Al Qaeda, por ejemplo, bastaron para perpetrar los atentados del 11 de septiembre.

El revolucionario brasileño Carlos preconizaba el empleo de “grupos de fuego” constituidos por cuatro o cinco militantes. Como líder de la Alianza Libertadora nacional- (ALN), principal organización de lucha armada en el Brasil en la década de 1960, Marighella, argumentaba en su conocido *Manual del Guerrillero Urbano* (1969) que, “un mínimo de dos grupos de fuego, rigurosamente divididos, articulados y coordinados por una o dos personas, constituyen un equipo de fuego (...). Cuando no dispone inicialmente de ningún apoyo, su logística se expresa bajo la fórmula MDAME, que significa, Motorización, Dinero, Armas, Municiones, Explosivos”. (Marighella, 1969).

Entre los principales procedimientos de seguridad de las células clandestinas encargadas del combate subterráneo, se destaca el concepto de estructura compartimentada, según el cual, el número de personas conocidas y los contactos interpersonales se deben restringir a un mínimo imprescindible. Igualmente, el flujo y difusión de las informaciones se deben limitar, apenas a lo estrictamente necesario. Cada miembro de la organización debe conocer y relacionarse con un universo muy pequeño de otros militantes (siempre inferior a una decena de personas). De esa forma, la caída de uno de ellos no comprometerá toda la estructura, proporcionando tiempo para que las medidas y los ajustes decurrentes sean hechos con oportunidad. Fallas en la compartimentación, casi siempre, son fatales. Entre los muchos equívocos cometidos por los grupos de lucha armada brasileños en las décadas de 1960 y

1970, se pueden señalar con claridad, errores primarios de compartimentación:

“La falta de seguridad de la ALN y del movimiento revolucionario brasileño fue permanente, en todas las horas y situaciones. En Rio de Janeiro, por ejemplo, todos los militantes de la ALN conocían la casa del Largo da Tijuca, en donde los dirigentes se reunían. Por los más variados motivos o razones, todos los militantes pasaban por la casa. (Mir, 1994, p. 363).

3. Grupos de lucha armada y unidades de guerrilla (o fuerza guerrillera):

Grupos o unidades de guerrilla, en tesis, cuentan con un poder relativo de combate superior y, así, se vuelven capaces de emprender acciones de mayor envergadura. Actuando de forma predominantemente ostensiva, ese segmento de las fuerzas irregulares tiende a ser más fácilmente identificado. Por lo tanto, errores en la concepción de una campaña guerrillera, en principio, son más dañinos y acarrear grandes prejuicios. Entre los ejemplos, se pueden contar, la fracasada Campaña de los cien regimientos conducida por los comunistas chinos contra las fuerzas japonesas de ocupación, los infructíferos ataques del *Vietminh* en Vinh Yen, Mao Khe y Phat Diem en el año de 1951, o la catastrófica aventura foquista en Bolivia en 1967.

El cuadro abajo resume los pre-requisitos fundamentales para que los grupos de guerrilla puedan, inicialmente, instalarse en una determinada área:

Tabla 8. Pre-requisitos para la instalación de grupos de guerrilla.

FUERZA DE GUERRILLA	
Atractivos operacionales	Condiciones de subsistencia
Presencia de blancos y objetivos que den razón táctica a su existencia	Población local: densidad demográfica, tendencias políticas y susceptibilidad al proselitismo radical. Disponibilidad de recursos locales. Acceso al apoyo externo.

	Menor capacidad de injerencia del aparato de seguridad del Estado. Adecuación de la fisiografía del área de operaciones: existencia para ocultarse, refugios activos y espacio de manobra.
--	--

Fuente: Elaboración propia.

Constituye tarea crítica para cualquier fuerza de guerrilla la obtención de un flujo regular de armas, munición y medicamentos. Además de ser extremadamente útiles como acto de propaganda, las emboscadas contra convoyes militares, las incursiones contra instalaciones de policía, cuarteles, depósitos de armas, instalaciones de las fuerzas armadas, son un recurso consagrado, según el cual guerrilleros buscan atender a la demanda por provisiones en los estadios iniciales de la lucha. Son, también, utilizados con frecuencia el cobro de “impuestos”, la extorsión y la “expropiación” de bienes estatales y privados, especialmente, por medio de asaltos a bancos. Con todo, se trata de un proceso paliativo, que no sustituye la necesidad de un patrocinador externo o de una substancial fuente de renta propia, como el narcotráfico, por ejemplo. Tanto el *Hezbollah* con el apoyo de Teherán y Damasco, como las FARC, con los enormes lucros provenientes del tráfico internacional de drogas, ilustran esa realidad.

Aunque el flujo de abastecimiento esté asegurado, la expansión y las perspectivas de triunfo de las unidades de guerrilla permanecen directamente asociadas a la capacidad de sus líderes de fortalecer los vínculos existentes con la población civil y de convertir en ganancias políticas palpables sus pequeños éxitos tácticos.

La articulación de las fuerzas irregulares en redes clandestinas de apoyo, células terroristas y grupos de guerrilla proporciona gran flexibilidad a la organización militante, permitiéndole moldarse a contextos específicos y adecuarse a las peculiaridades locales, bien como, siempre que fuere necesario, adaptarse rápidamente para hacer frente a inesperadas alteraciones en el cuadro táctico.

Tabla 9. Constitución básica de las fuerzas irregulares (modelo general resumido).

FUERZAS IRREGULARES			
	Fuerza de Guerrilla	Fuerza de sustentación	Fuerza Subterránea
Ambiente operacional	Urbano o Rural		
Forma de actuación	Ostensiva	Clandestina	
Organización	Paramilitar	Compartimentada en comités, normalmente definidos según bases político administrativas y/o territoriales.	Compartimentada en células separadas
Localización	Sobrepuestas geográficamente		Desdoblada en áreas clausuradas a las unidades de guerrilla.
Autonomía	Dependiente directa del apoyo de la población.	Segmento de apoyo.	Auto-suficiente.
Actividades principales	Operaciones de combate.	Apoyo a la fuerza de guerrilla.	Subversión, sabotaje, terrorismo.

Fuente: Elaboración propia

El Control Territorial y la soberanía del Estado

Por definición, la existencia del Estado nacional está condicionada, básicamente, a la conjunción de tres elementos esenciales, a saber: población, territorio y soberanía. Para muchos juristas y doctrinadores, la finalidad (valor social), consubstanciada en la tarea estatal principal de la promoción del bien común, representa el cuarto componente del Estado Moderno.

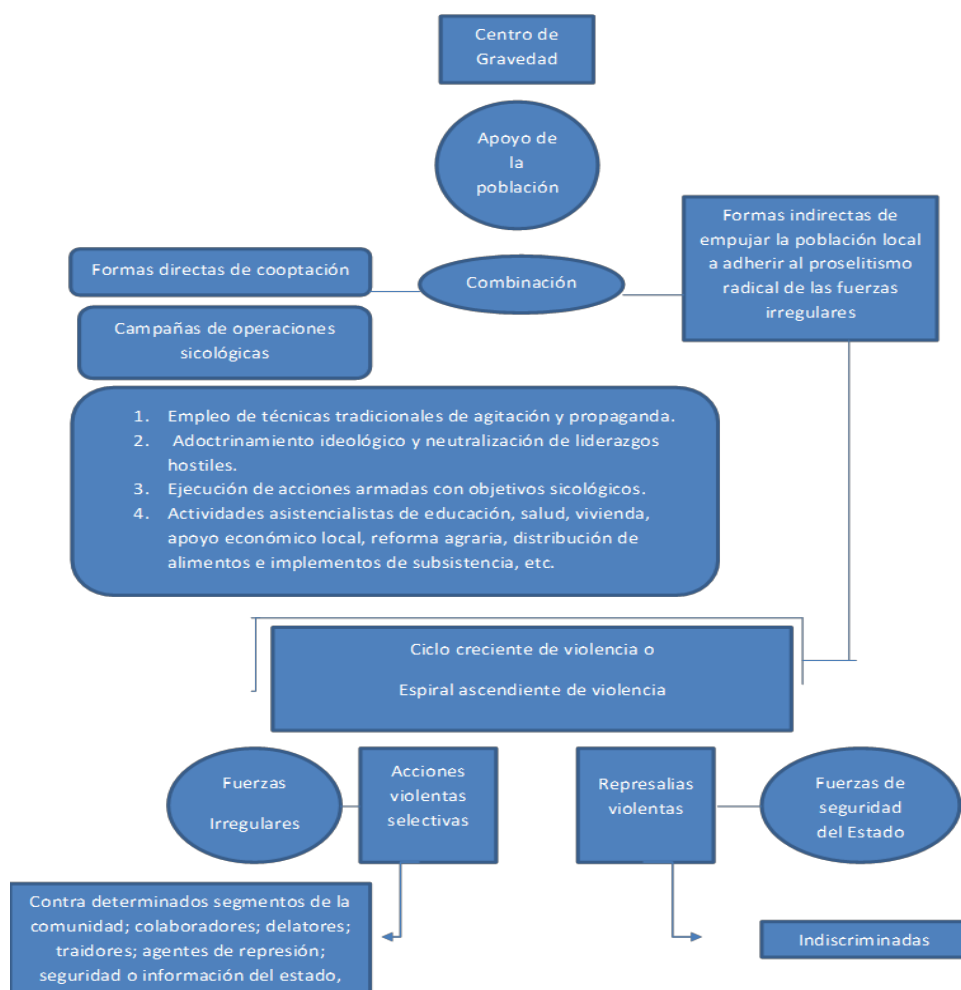
Territorio y población constituyen los elementos materiales, sobre los cuales la soberanía traduce el poder formal del Estado. Para ser efectiva, la soberanía debe mostrarse absoluta, perpetua, inalienable, una, indivisible, imprescindible, y, naturalmente, ser una prerrogativa exclusiva del Estado – que goza de legitimidad en la medida en que el ejercicio de esa soberanía se reviste de valor social, teniendo el bien común como un fin. (Dallari, 2013)

Las fuerzas irregulares, al usurpar, esencialmente por medio de la violencia armada, prerrogativas, hasta entonces, exclusivas del poder público, subvierten todos los elementos que dan forma al Estado (población, territorio, soberanía, finalidad). Su lucha tiene su inicio en la disputa por la influencia sobre los habitantes locales. El principal objetivo de las fuerzas irregulares se encuentra en *el pueblo*, es decir, en la conquista del apoyo de la población – centro de gravedad de la guerra irregular.

Para contar con el apoyo activo de una minoría y el apoyo pasivo de la mayoría de la población, las fuerzas irregulares combinan procesos directos e indirectos. Los métodos directos abarcan la ejecución de campañas de operaciones psicológicas basadas, específicamente, en el empleo de técnicas tradicionales de subversión, agitación y propaganda; en el trabajo de la prensa clandestina; en la pregonería ideológica; en el ejercicio de prácticas asistencialistas, como hacen el *Hamas* y el *Hezbollah*, por ejemplo; y en la ejecución de operaciones militares contra blancos u objetivos que poseen algún tipo de apelativo o valor psicológico. Indirectamente, las fuerzas irregulares pueden fomentar un ciclo creciente de violencia, por medio de ataques selectivos contra determinados segmentos de la comunidad y colaboradores del Estado.

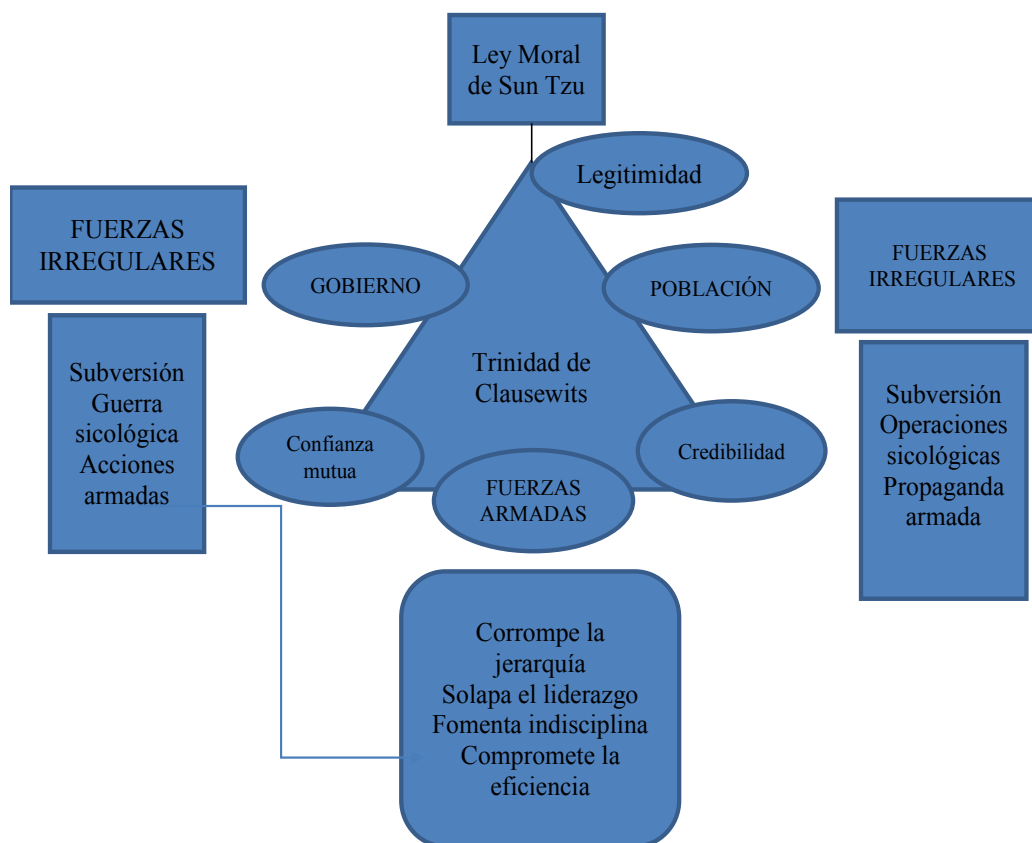
Esos actos, normalmente, generan represalias violentas y medidas de represión excesivas que cercenan los derechos civiles y colocan, en el mediano plazo, la población local contra las fuerzas gubernamentales o las fuerzas extranjeras de ocupación. La guerra de independencia de Argel y el conflicto en Irak demuestran como esa espiral ascendente de violencia impele la población civil hacia el extremismo deseado por las fuerzas irregulares.

Gráfico 2. Métodos empleados por las fuerzas irregulares para conquistar el apoyo de la población.



Las acciones tácticas de las fuerzas irregulares tienden a ser hábilmente coordinadas en una estrategia más amplia que tiene por propósito la destrucción de la “sorprendente trinidad de Clausewitz” (1979, p.89), forzando, sobre todo, la ruptura de los vórtices que unen sus elementos constitutivos (gobierno, fuerzas armadas y población), conforme ilustra el gráfico 3: La trinidad de Clausewitz.

Gráfico 3. Trinidad de Clausewitz.



De esa forma, las fuerzas irregulares combinan métodos de captación y de coerción de los habitantes locales, expandiendo su influencia en áreas geográficas que se encuentran fuera del efectivo control gubernamental. La edificación de jerarquías paralelas en áreas no gobernadas les permite redefinir la

dinámica de interacción social e imponer reglas informales de convivencia. Así, ejercen influencia directa e indirecta, sobre los patrones de comportamiento y las normas de conducta de la población local, sometiendo centenas de miles de personas a su efectivo control. En este estadio de la guerra irregular, se observa la ocurrencia de “zonas liberadas”.

Tabla 10. Apoyo de la población a las fuerzas irregulares.

APOYO DE LA POBLACIÓN A LAS FUERZAS IRREGULARES			Fuerzas de seguridad del Estado (Acciones a realizar)
Tipo de apoyo	Postura	Parcela de la población involucrada	
Alineamiento ideológico	Pasiva (cooptación)	Mayoría	Operaciones sicológicas
Sumisión por la fuerza	Pasiva (coerción)		
Apoyo físico efectivo	Activa (compromiso ideológico)	Minoría	Control de la población Desarticulación de las redes de apoyo

Fuente: Elaboración propia.

En las llamadas “zonas liberadas” el poder soberano del Estado sobre sus elementos materiales (territorio y población) deja de ser, en un solo tiempo, absoluto, perpetuo, inalienable, uno, indivisible, imprescindible y exclusivo. Ósea, la soberanía, simplemente deja de existir en el momento en que la fuerza coercitiva pasa a ser ejercida por actores armados no estatales de forma ilegítima y arbitraria, ajena a las instituciones públicas y en franca divergencia de los principios que rigen el Estado democrático de derecho.

Considerando que la incidencia de “zonas liberadas” se da, entre otros factores, en virtud de la incapacidad gubernamental de atender las demandas y aspiraciones crecientes de la población local, presión demográfica, *apartheid social*, bajos índices de desarrollo humano, deudas históricas y preservación de deformidades en la estructura social, su ocurrencia deja en evidencia que el Estado ha fracasado en la promoción del bien común (motivo por el cual fue concebido) y, por tanto, se encuentra desprovisto de finalidad. Es señal de que el Estado está mal organizado y alejado de los objetivos que justifican su existencia.

Además, la posesión de un territorio garantiza a las fuerzas irregulares acceso ilimitado a los recursos económicos locales; permite el establecimiento de un complejo de bases, reductos y “santuarios”. También, de alcanzar visibilidad política a la organización de lucha armada frente la comunidad internacional. De ese modo, está abierto el camino para la victoria rebelde.

Por todo eso, recuperar el control estatal sobre las áreas no gobernadas es fundamental para la estrategia de contra-insurgencia. Una de las más importantes lecciones de este análisis, destaca que la mera ocupación territorial por parte de las Fuerzas Militares se demuestra insuficiente para retomar el efectivo control del espacio geográfico. Se debe formular una comprensión holística que incorpore necesariamente los abordajes de la seguridad, político, económico y social, de forma complementaria e interdependiente.

Sin embargo, la sociedad permanecerá vulnerable a la amenaza representada por guerrilleros, terroristas y facciones armadas, mientras desconozca los objetivos, métodos y peculiaridades que distinguen la guerra irregular de las tradicionales formas de beligerancia. Sin ese entendimiento, la opinión pública, difícilmente apoyará políticas gubernamentales de defensa impopulares, lentas y dispendiosas. Sin el respaldo de la opinión pública e incondicional apoyo de la población no se vence el combate irregular.

